

Agosto 1965

MONTHLY REVIEW

Selecciones en Castellano

PERU:

AÑO II

24

su organización campesina

Sebastián Salazar Bondy

**NATURALEZA DEL
SOCIALISMO CHINO**

Charles Bettelheim

REVISTA MENSUAL DE INVESTIGACION POLITICA INTERNACIONAL



NOVEDADES

Corporación de Fomento de la Producción
GEOGRAFIA ECONOMICA DE CHILE

Texto refundido
XXIV + 885 páginas. Ilustraciones, grabados y mapa
de Chile a colores, escala 1: 3.000.000 Eº 40.—

Alvaro Jara

FUENTES PARA LA HISTORIA DEL TRABAJO EN EL REINO DE CHILE (Legislación, tomo I)

Edición del Centro de Investigaciones de Historia Americana Eº 18.—

Félix Martínez Bonati

LA SITUACION UNIVERSITARIA

Edición de la Universidad Austral de Valdivia Eº 4.—

Francisco Soler

HACIA ORTEGA

I. El mito del origen del hombre
Edición de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile Eº 14.—

Humberto Giannini

REFLEXIONES ACERCA DE LA CONVIVENCIA HUMANA

Edic. de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile Eº 9.—

Isidoro Pasmanik

TERAPEUTICA EXTERNA EN DERMATOLOGIA

ACABA DE APARECER: Eº 10.—

Rudolf Schoenheimer

DINAMICA DE LOS CONSTITUYENTES CELULARES

Una obra clásica del pensamiento científico, cuya única edición inglesa (1940) constituye hoy una rareza bibliográfica. Schoenheimer es, después de Lavoisier, el hombre de ciencia que más aportaciones ha hecho en el campo de la bioquímica. A él se debe el fundamental concepto de las transformaciones continuas que caracterizan a la materia viva. Eº 10.—

Distribuye:

EDITORIAL UNIVERSITARIA

San Francisco 454

Santiago

Revista de
investigación política internacional

dirigida por

Leo Huberman y Paul Sweezy

MR - Selecciones en Castellano

dirigida por Irene Mizrahi

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

Nº 24

Agosto de 1965

Año II

EDITORIAL

- 1.—*El papel de la izquierda norteamericana*, por Leo Huberman y Paul M. Sweezy 3

INTERNACIONALES

- 2.—*La naturaleza del socialismo chino*, por Charles Bettelheim 9
3.—*“Reforma agraria” en Vietnam del Sur*, por Richard Morrock 15
4.—*Perspectivas de Vietnam del Sur*, por Keith Buchanan 20
5.—*Carta desde la prisión*, por William McAdoo 25

LATINOAMERICA

- 6.—*Perú: su organización campesina*, por Sebastián Salazar Bondy 31
7.—*Los “servicios” prestados*, por Andrés G. Frank 39

PROBLEMAS DEL SOCIALISMO

- 8.—*Técnica y sociedad*, por David Horowitz 43
9.—*Ciertos aspectos del capitalismo norteamericano*, por Paul M. Sweezy 53

INDICE Año 2 62

SUSCRIPCIONES EN CHILE

Anual (12 números)	Eº 10,00
Semestral (6 números)	5,00
Números sueltos	0,90

Es una publicación de Editorial Prensa Latinoamericana S. A. (PLA), Reproducción fiel de la edición argentina. Los trabajos editados son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no comprometen la responsabilidad política de PLA. Director: Carlos Salazar Umaña. Correspondencia a nombre de: Prensa Latinoamericana S. A., Casilla Nº 10430 Santiago. Distribución: Root Nº 537, Fono 36988. Prohibida la reproducción total o parcial.



arauco

EL SOCIALISMO EN CHILE Y EN EL MUNDO

NUEVO FORMATO TIPO LIBRO

13 x 22 cms.

APARECE MENSUALMENTE

SUSCRIPCIONES:

12 NUMEROS E° 8,50

NUMEROS SUELTOS 0,75

SOLICITE GRATIS UN EJEMPLAR A:

CASILLA 10430 - SANTIAGO

EL PAPEL DE LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA

Leo Huberman y Paul Sweezy*

Por razones que hemos expuesto con mayor detalle en el último número de nuestra revista*, creemos que lo que está aconteciendo en Guatemala constituye la apertura histórica de un nuevo camino. Los guatemaltecos han aprendido a través de su propia experiencia que luchar por la revolución sobre la base de un programa aceptable para la llamada burguesía nacional implica una derrota inevitable. En consecuencia, han abandonado por completo esta estrategia, y proclamado abiertamente al socialismo como su meta, y un gobierno obrero y campesino como el medio para su realización. Contrariamente a las predicciones de los líderes y teóricos de la izquierda tradicional, esta nueva estrategia ha sido aceptada con entusiasmo por las masas guatemaltecas. Es así que toda la concepción acerca de la guerra de guerrillas en América Latina, está sufriendo una transformación fundamental: los guatemaltecos están redescubriendo y aplicando en el contexto latinoamericano las ideas y los métodos desarrollados por las revoluciones rusa y china. Nuevas perspectivas están abriéndose para las revoluciones latinoamericana y mundial.

¿Pero tiene todo esto alguna importancia para la izquierda de los países capitalistas avanzados, y especialmente para los Estados Unidos? Con seguridad, nadie afirmaríá que los trabajadores

* Como lo anticiparan en la presentación al trabajo de Adolfo Gilly "El movimiento guerrillero en Guatemala" publicado en el N° 22-23 de MR —Selecciones en Castellano—, Huberman y Sweezy analizarán aquí las implicancias de la revolución guatemalteca para los movimientos socialistas de los países capitalistas avanzados.

estadounidenses estén dispuestos ahora a responder a un mensaje socialista revolucionario. (Son tan pocos los campesinos que quedan en este país, que difícilmente se los puede considerar una fuerza política importante). ¿Debemos concluir entonces que la izquierda norteamericana no tiene nada que aprender del ascenso de la ola revolucionaria en el mundo subdesarrollado? ¿Tendremos que aceptar las posiciones de aquellos izquierdistas y progresistas que, sobre la base de que los trabajadores carecen de una conciencia socialista, sostienen la necesidad de concentrar esfuerzos en promover medidas de reforma que estos últimos estén dispuestos, o casi dispuestos a apoyar?

Por supuesto, las respuestas a estas cuestiones dependerán en gran medida de la comprensión que tenga cada uno tanto de la situación de los Estados Unidos, como de la internacional. Si creemos que el capitalismo de los Estados Unidos ha aportado beneficios reales a los trabajadores durante el período de posguerra y que es posible un progreso mayor en ese sentido, y si creemos además que el sistema y sus beneficiarios son capaces de aceptar la coexistencia pacífica con otros sistemas sociales como un modo de vida permanente, entonces realmente se podría argumentar sólidamente en favor de un programa con dos objetivos gemelos: obtener más reformas y fortalecer el ala pacifista de la clase dirigente.

Hace pocos meses, cuando el candidato Johnson prometía la "Gran Sociedad" y arrullaba como una paloma, existía quizás alguna excusa para alimentar tales creencias. ¿Pero cómo pueden sobrevivir a la realidad de la política bélica de Johnson en Asia? ¿Los radicales dignos de tal nombre pueden todavía dejar de reconocer lo que constituye el hecho central de nuestra época: la guerra permanente, en constante expansión, del poder capitalista dominante contra la revolución mundial? y aún reconociéndolo, ¿cómo pueden no entender que cualquier tipo de reformas que la clase dirigente de los Estados Unidos está dispuesta a conceder, tiene un único y solo propósito: el de incitar al pueblo norteamericano a desatar una guerra sucia contra los desposeídos de la tierra?

Podría parecer que los socialistas norteamericanos se encuentran en un callejón sin salida. Los trabajadores no están dispuestos a prestar oídos a la propaganda de una revolución socialista, por más en su interés que pueda ser. Y apoyar el tipo de programa de reformas que tenga alguna oportunidad de aprobación, significa aliarse con la clase dirigente, en contra de aquéllos que están lu-

chando por la revolución socialista en el resto del mundo. ¿Existe otro camino?

Creemos que a pesar de todas las diferencias entre su situación y la nuestra, las guerrillas guatemaltecas nos han señalado un camino. Han dado un paso decisivo hacia la *internacionalización* de su lucha. Su llamado no se dirige a los guatemaltecos como tales, sino a los obreros y campesinos; saben que el enemigo contra el que están luchando no es precisamente la oligarquía local, sino el imperialismo, que tiene su cuartel general en Washington y sus lugartenientes y aliados en todo el mundo; en una palabra, su enemigo es el *imperialismo internacional*. Como lo dice claramente Yon Sosa, uno de los líderes máximos de la guerrilla, en la entrevista realizada por Gilly, ellos han aceptado todas las implicaciones de estos hechos. No tienen ilusión de ganar solos. Quieren toda la ayuda que puedan obtener en cualquiera y en todas las formas, pero sobre todo, la de difundir lo más rápidamente posible la revolución a otros países y continentes. El imperialismo internacional sólo puede ser derrotado por la revolución internacional. Las guerrillas guatemaltecas deben luchar en el frente nacional, porque es allí donde están localizadas. Pero no tratan simplemente de solucionar los problemas del pueblo guatemalteco: están haciendo su parte para ganar una victoria global sobre un enemigo global. Sólo en el contexto de tal victoria cabe alguna esperanza realista de solucionar los problemas del pueblo guatemalteco.

Creemos que ésta es la única posición adecuada para los socialistas del mundo de hoy, no sólo en Guatemala sino también en otros países. Sin embargo, no subestimamos por el momento la naturaleza fundamental del cambio en las actitudes intelectuales y emocionales que, de adoptarse, deberán realizar muchos de ellos, especialmente los de los países de capitalismo avanzado.

Por ejemplo, los socialistas de los Estados Unidos no deben considerarse ya como una pequeña minoría que tiene la tarea —sin esperanzas, según algunos de ellos— de hacer una revolución específicamente norteamericana. Por el contrario, deben pensar que son miembros de un inmenso movimiento internacional, capaz de abarcar a la abrumadora mayoría de la humanidad, y que tienen la tarea revolucionaria de derrotar y abatir al imperialismo internacional. Psicológicamente hablando, esto implica pasar de minoría a ser mayoría; del lado perdedor al lado ganador; significa escapar del inevitable parroquialismo, salir del aislamiento y sectarismo de una izquierda orientada hacia problemas internos; sig-

nifica adquirir nuevas perspectivas y una nueva concepción de la estrategia y las tácticas.

¿Cuánto pueden aportar los socialistas norteamericanos a la lucha contra el imperialismo internacional?

Muy poco, según algunos. Nosotros opinamos que podemos y debemos efectuar una importante contribución. No somos muchos, estamos seguros. Pero tenemos sobre otros socialistas la ventaja de estar situados en la guarida misma del monstruo. Desde ciertos puntos de vista, conocemos mejor o por lo menos deberíamos conocer mejor sus hábitos, sus fortalezas y sus debilidades. Por cierto no es sólo una función de honor, sino también importante, el hacer uso de nuestras únicas oportunidades de ayudar al movimiento socialista mundial a adquirir una comprensión más profunda del enemigo.

Pero esto no es todo ni mucho menos. Sería estupidez o ceguera sostener que, puesto que los trabajadores de los Estados Unidos carecen de conciencia socialista, no existen tareas importantes para los socialistas dentro del país. La situación no ha sido nunca tan favorable —ni aún durante la Gran Depresión de 1930— para la creación de una conciencia socialista.

El movimiento de liberación de los negros es un movimiento de masas que está creciendo constantemente tanto en cantidad como en militancia. Y bajo el terrible impacto de la crisis de Vietnam, el movimiento pacifista ha demostrado súbitamente que tiene el suficiente potencial como para transformarse en un movimiento de masas. Además, y éste es un hecho de gran importancia, los dos movimientos están aproximándose cada vez más y hasta dan índices de unirse. Nadie que haya participado en la magnífica manifestación contra la guerra de Vietnam, que se realizó el 17 de abril en Washington, puede dudarle.

Pero esos no son movimientos socialistas y no evolucionarán espontáneamente en ese sentido. En realidad, ningún movimiento tiene en la actualidad meta positiva alguna claramente definida.

Todavía son esencialmente, movimientos de protesta contra injusticias agobiantes y si mantienen ese carácter, ciertamente fracasarán como han fracasado muchos movimientos de protesta a lo largo de la historia norteamericana. Para crecer, evolucionar y obtener eventualmente un éxito, deben aprender a valorar las injusticias contra las que están protestando, a ver que esas injusticias son manifestaciones inevitables del capitalismo monopolista, e imponerse como meta, derrotar a ese sistema congénitamente injusto para reemplazarlo por una sociedad socialista, basada en

la propiedad colectiva de los medios de producción. ¿Quiénes, si no los socialistas deben asumir la tarea de enseñar la verdad? ¿Duda algún socialista, de alguna parte del mundo, acerca de la importancia que tiene realizar esta tarea y realizarla bien?

Podemos anticipar dos tipos de objeciones. Algunos dirán que enseñar no es suficiente; hay que actuar. Estos interpretan mal la función de enseñar. Por supuesto, si bien debe existir una cierta división del trabajo, en general enseñar y actuar no son funciones contradictorias sino complementarias. El mejor maestro es aquel que participa en la acción colectiva, para la que existen ahora posibilidades infinitas, y extrae para sí, y para los otros, todas las consecuencias de los éxitos y las derrotas.

Otros objetarán que las masas no están dispuestas a aprender. Puede ser, y puede ser que estén mucho más dispuestas de lo que se imaginan quienes dudan. Pero no es nuestro tema. Lo que es crucialmente importante, es no aferrarse a un éxito inmediato, y mucho menos no depositar en él todas las esperanzas, sino ver con claridad el proceso histórico y actuar de acuerdo a las tendencias visibles y las realidades previsibles. Una sociedad basada en la explotación y el privilegio no está encaminada a hacer justicia a su sector más explotado y desposeído; el potencial revolucionario de las masas negras no se agotará fácilmente por algunas concesiones que el capitalismo monopolista de los Estados Unidos sea capaz de darle. Y mientras asciende la marea del mundo revolucionario, los negros norteamericanos se identificarán cada vez más con sus hermanos de otros países, antes que con los explotadores de su propio país.

Pero, se nos dice, los negros son sólo una minoría. El poder revolucionario real de este país, si existe, debe descansar en la clase trabajadora que es predominantemente blanca. Nunca debemos olvidar que la abrumadora mayoría de los miembros de la sociedad capitalista norteamericana de los Estados Unidos son trabajadores, empleados o desocupados, aun cuando una decreciente proporción de ellos se ajusta al estereotipo tradicional de cuello duro. La consecuencia es clara: la mayoría del pueblo norteamericano tendrá que volverse revolucionaria o al menos deseosa de aceptar la revolución, antes que el capitalismo monopolista de los Estados Unidos pueda ser derrotado.

¿Es éste un proyecto fantástico? Pensamos que no. Los Estados Unidos, como primer poder imperialista, están impelidos a penetrar cada vez más profundamente en la ciénaga de la guerra global contrarrevolucionaria. Y como ya lo está probando

Vietnam, esta guerra no puede limitarse a los bombardeos y ametrallamientos aéreos. Las fuerzas armadas norteamericanas serán reclutadas y enviadas a las junglas, los desiertos y las montañas de Asia, Africa o América Latina, en una medida siempre creciente. Las víctimas norteamericanas ascenderán de cientos a miles y de miles a decenas y centenas de miles. Pero no habrá victorias, nunca un final visible. Los campesinos vietnameses han luchado contra los invasores imperialistas durante más de veinte años, y evidencian la absoluta determinación de luchar otros veinte si es necesario. Son esencialmente iguales a aquellos a quienes Frantz Fanon llamó "los condenados de la tierra". Un hombre puede morir una sola vez, y es mejor morir por una causa que por hambre o enfermedad.

¿No está claro que el pueblo norteamericano, tan sumiso y dócil ahora, deberá rebelarse alguna vez, tarde o temprano, ante tal matanza sin sentido? Y cuando comiencen a buscar un camino, tentado fuera de la ciénaga, ¿a quiénes escucharán? ¿A aquellos que les hayan asegurado que todo está perfectamente bien excepto por la necesidad de efectuar unas pocas reformas? ¿O a aquellos que les hayan dicho con firmeza que todo el sistema del capitalismo y el imperialismo está podrido y es anti-humano; que estaba condenado a llevarle a un sinnúmero de derramamientos de sangre y sufrimientos? Puede ser que nosotros no seamos capaces de derribar al sistema, en un tiempo cercano, pero sí podemos decir ahora la verdad acerca de él. Y a la larga, la verdad es un arma mucho más poderosa que lo que los hombres sin imaginación y poca fe puedan concebir.

Decir la verdad: que el capitalismo y el imperialismo están sentenciados a la destrucción, que la revolución socialista es el único camino para la salvación. Esta debe ser la base de una sana estrategia socialista en los Estados Unidos, como también en Guatemala y en todos los otros países del mundo capitalista. Esto no constituye un programa completo, estamos seguros; pero sin él, no es posible ningún programa socialista genuino. La alternativa es un tipo superficial de reformismo que sólo puede fortalecer al sistema de explotación e injusticia que produce y reproduce tanta miseria y sufrimientos innecesarios en el mundo actual.

(24 de abril de 1965).

LA NATURALEZA DEL SOCIALISMO CHINO

Charles Bettelheim

Esta es la parte final de una conferencia que brindó en París el profesor Bettelheim, al regresar de un viaje por China en el otoño de 1964. Profesor de economía en la Sorbona, Bettelheim es una de las autoridades mundiales en planificación económica. Ha escrito varios libros sobre la materia, incluyendo un libro que aborda específicamente el sistema soviético. Ha participado en la realización de planes para la India, Cuba y Guinea, y atendió consultas de muchos otros gobiernos y varios expertos en planificación. Su viaje a China, en 1964, ha sido el segundo en seis años. **Los directores.**

Obviamente, es imposible examinar en un espacio muy breve, todas las características específicas del socialismo en China. Por lo tanto, restringiré mi nota a dos puntos que me parecen particularmente significativos: la gran importancia que tiene la iniciativa de las masas y el rol principalísimo jugado por la ideología.

En la construcción económica, el principio de la estrecha ligazón con las masas toma forma concreta a través de un amplio estímulo que se brinda a la iniciativa de los estratos más bajos. Las formas prácticas dadas a la planificación económica, a la administración de las empresas en el sector estatal, y a la organización de las comunas populares, tienen por objeto precisamente el ampliar al máximo la iniciativa de las masas. Un punto de parti-

cular importancia en este sentido, es la forma en que cada unidad de producción prepara su propio anteproyecto, sin que las más altas autoridades impartan directivas de orden cuantitativo. Este procedimiento otorga a los niveles más bajos, el máximo de oportunidades para demostrar su iniciativa. Por supuesto, debe realizarse un esfuerzo constante para que tal iniciativa adquiera una orientación correcta, y esto se logra gracias a la explicación y difusión en amplia escala de la línea económica general y de las directivas impartidas por las autoridades centrales del Partido Comunista chino.

Durante los últimos años, se movilizó especialmente la iniciativa con el slogan "apoyarse en el esfuerzo propio". En el presente, ese slogan tiene un doble significado. En primer lugar, se aplica a los cuerpos directivos, incluyendo a la Comisión de Planificación. Para ellos, significa que la política económica general debe basarse en la propia confianza. Esto se ha vuelto particularmente importante desde el retiro de la ayuda soviética en 1960, ya que desde entonces, China se ha visto obligada a desarrollar su economía sin ayuda exterior de ninguna clase, técnica, financiera o comercial. (China no ha hecho solamente esto, sino que ha reembolsado, con un interés creciente, los préstamos recibidos en años anteriores. Se torna en el primer país que, a partir de un nivel tan bajo de desarrollo económico, ha continuado su evolución por sus propias fuerzas y ha sido capaz, además, de saldar sus obligaciones anteriores).

Debo agregar que desde el punto de vista de los líderes, el slogan "apoyarse en el esfuerzo propio" implica también ciertos objetivos amplios de política económica. Implica que debe lograrse un equilibrio entre las importaciones y las exportaciones; que sólo deben emprenderse aquellos proyectos de inversión que en el presente puedan ser completados con los recursos técnicos propios de China; y, finalmente, deben encararse todas las investigaciones necesarias destinadas a capacitar al país para concretar futuros proyectos, sin recurrir a la ayuda técnica exterior. Al mismo tiempo, debe enfatizarse el hecho de que esto no implica de ninguna manera, que China trate de autoabastecerse en todas las áreas, sin recurrir al comercio exterior. Por el contrario, China está efectuando un esfuerzo constante con miras a desarrollar su comercio exterior.

El segundo significado del slogan "apoyarse en el esfuerzo propio" —esto es, el significado para las masas— permite una discusión particular. Aplicándose a las masas, el slogan significa que

cada unidad de producción trata de incrementar al máximo su rendimiento sin recurrir a la ayuda estatal. Esto, a su vez, implica dos cosas: primero, que toda empresa, y en particular si es estatal, debe reducir al mínimo su demanda financiera al estado y al sistema bancario. Y segundo, que toda empresa debe tratar de mejorar su producción por sus propios medios y rehabilitando las máquinas viejas o fuera de uso.

Podríamos pensar que los incrementos en la producción obtenidos en esta forma, serán muy limitados. En realidad, no es éste el caso. Muy por el contrario, sobre la base de una amplia iniciativa de las masas, cada fábrica trata de lograr incrementos sustanciales en la producción, con una pequeña o ninguna ayuda estatal. Verdaderamente, cuanto más viejo es el equipo, y cuanto más necesario es el mejoramiento técnico, mayor es el incremento que logra la fábrica.

Me agradaría describir el caso de la fábrica de camiones Wiatang, de Shangai, como un ejemplo de la renovación técnica de una fábrica apoyada "en su propio esfuerzo". Antes de la Liberación, no era una fábrica, sino un garage que reparaba los ómnibus para una compañía inglesa. El garage fue nacionalizado en 1949, cuando empleaba a 50 trabajadores. Después de la nacionalización, se convirtió en un taller que se ocupaba de la reparación y rehabilitación de camiones fuera de uso, y de la fabricación de repuestos para camiones. Esto se logró mediante la utilización de las máquinas-herramientas disponibles en el taller, y por la creación de un taller de fundición. Poco a poco, el taller se transformó en una fábrica, que renovó y aumentó el stock de máquinas-herramientas. Esto último se hizo, parcialmente, reuniendo partes viejas de máquinas-herramientas abandonadas en distintos lugares. Así, hacia 1957, el taller con 50 empleados se había transformado en una pequeña fábrica con 270 obreros, que reparaba un mayor número de camiones. En realidad, estaban rehabilitando camiones muy viejos que se habían utilizado durante 20 o 30 años y que en ese momento ayudaban a superar las dificultades originadas por el bloqueo.

En 1958, el año del Gran Salto hacia Adelante, la actividad de la fábrica se extendió mucho más. Después de una gran discusión dentro de la fábrica, se decidió pasar de la reparación a la fabricación. La transición fue muy difícil. Con la ayuda de ingenieros y técnicos los trabajadores se organizaron ellos mismos en pequeños grupos de estudio e investigación. Se les proporcionó un entrenamiento técnico y teórico, ya en clases diurnas o a tra-

vés de visitas a otras fábricas. Poco a poco, se hicieron sugerencias concretas con respecto a los distintos métodos de fabricación. De 1958 a 1964 se propusieron más de 5.000 sugerencias. Como resultado de este proceso, la fábrica fue capaz de comenzar a fabricar las principales partes necesarias para la producción de camiones, tales como tapas de cilindros, ejes de transmisión, etc. Al mismo tiempo, la fábrica entrenó seis ingenieros y dieciséis técnicos. Cuando la visité en octubre de 1964, empleaba más de 900 trabajadores divididos en cuatro talleres: un taller de fundición, un taller de ingeniería, un taller central y un taller para la fabricación de controles de conducción. El cuarenta por ciento de las instalaciones había sido planificada y construida por los trabajadores mismos. Hoy la fábrica produce camiones de cuatro toneladas, con 90 caballos de fuerza. En 1963 producía 570 unidades, y el plan de 1964, que al tiempo de mi visita estaba en vías de cumplimiento, era producir 700. Algunas de las operaciones están todavía mecanizadas en un grado muy bajo, pero la calidad de la producción parece ser buena; el promedio de los camiones necesitan una reparación completa sólo después de 70.000 kilómetros de servicio.

Cuando visité la fábrica, estaban preparando un nuevo modelo diseñado por ellos mismos, y planeaban producir un coche a motor en colaboración con otras fábricas. Vi un modelo de coche a motor, y era un vehículo moderno y comfortable.

Este es un ejemplo concreto de lo que significa en la práctica, al nivel de la fábrica, el slogan "apoyarse en el esfuerzo propio". Por supuesto, el Estado contribuyó al desarrollo de la fábrica, pero el esfuerzo mayor provino de los trabajadores mismos.

Pienso que este ejemplo nos ayuda a comprender el rol que juega la ideología en la construcción socialista de China. No se considera a la ideología como la negación del incentivo material. Por el contrario, tal incentivo constituye la base para la actividad cotidiana, y se refleja en los ocho niveles de la escala de salarios para los trabajadores y en el sistema de premios. Pero los chinos no confían en el incentivo material para efectuar innovaciones y mejoras técnicas, o para inducir a cada persona a emprender todo el trabajo extra-profesional requerido —por ejemplo, estudios técnicos avanzados. Para estas cosas, confían principalmente en la conciencia política. Este es un elemento muy importante en la aproximación básica del Partido Comunista Chino, y que tiene implicancias de largo alcance. En un sentido, implica que debe realizarse un esfuerzo constante para explicar a cada individuo lo que se espera de él, y para combatir tendencias hacia la holgazanería, el esfuerzo rutinario y la autosatisfacción.

En otro sentido implica que deben emplearse todos los medios para que los nuevos ideales del socialismo penetren en las masas y eliminen la conducta burocrática, la tendencia a dar órdenes en lugar de explicar, la de separar el trabajo manual del trabajo intelectual. En verdad, sólo bajo estas condiciones las masas pueden llegar realmente a una ideología socialista.

Finalmente, lo que los chinos están tratando de hacer no es sólo desarrollar sus fuerzas productivas, sino también, y al mismo tiempo, crear un hombre nuevo. Porque éste es uno de los objetivos profundos de una revolución socialista.

Obviamente, es difícil para un extranjero que ha pasado sólo unas pocas semanas en China, y que no habla el idioma, decir en qué medida se está logrando este objetivo. Pero pienso que hay una cosa cierta: al nivel de la realización económica, la orientación que le ha impreso el Partido Comunista Chino ha hecho posible la obtención de resultados innegables y perfectamente visibles. Pienso que hay otra cosa igualmente cierta: a juzgar por las conversaciones, por las visitas a las fábricas y comunas, por la observación del alto grado de organización y del estilo de vida cotidiana, está naciendo una conducta de tipo socialista. En esta etapa, probablemente sea muy apresurado hablar de un nuevo hombre, pero me parece que existen signos inequívocos de una profunda evolución en ese sentido.

Para concluir, quiero comentar otro aspecto del modo de vida que se ha creado en China, que, si continúa creciendo, creo que será una gran promesa para el futuro. Me refiero al esfuerzo realizado para integrar la actividad de cada individuo dentro del empeño creativo colectivo. Esto proporciona a la vida cotidiana, y especialmente al trabajo, un significado que va más allá de los límites individuales. En verdad, al fin, da un nuevo sentido al trabajo. De aquí en adelante, el trabajo no es más una actividad a la que uno está condenado para ganar su sustento, sino una actividad que tiene significado por sí y que subjetivamente enriquece al individuo. Esto es también muy importante para impedir que el incentivo material sea sobre-enfatizado, y por sobre todo, que el consumo no se transforme en el fin casi exclusivo de la actividad humana, como es la tendencia en los países capitalistas avanzados. Esta tendencia significa la aparición de una nueva forma de alienación: la sujeción del hombre a los objetivos y la búsqueda incesante de nuevos objetivos, que no tiene nada que ver con la creciente satisfacción de las necesidades reales, pero que significa, por el contrario, un crecimiento permanente de las necesidades

de consumir, constantemente insatisfechas. Si China triunfa en el desarrollo de una sociedad industrial en la cual el hombre, a la vez que busca una vida mejor, no centra su actividad fundamental en el consumo, sino en la creación, la revolución china proporcionará a todos los países una perspectiva de desarrollo mucho más fructífera que la ofrecida por el modo de vida norteamericano. Tengo la impresión que China ha comenzado bien este camino.

Este artículo fue publicado en el número de junio del Vol. 17 de la edición estadounidense de MR.

"REFORMA AGRARIA" EN VIETNAM DEL SUR

Richard Morrock

De toda la ayuda norteamericana a los países subdesarrollados, el volumen mayor corresponde a la asistencia militar. Los países beneficiarios son, en su mayor parte, dictaduras que necesitan de esta asistencia militar para mantener "la ley y el orden" contra "la subversión comunista". Corea del Sur, Laos, Irán, España y ahora Brasil, constituyen elocuentes ejemplos de nuestra afirmación. La asistencia económica que acompaña a la ayuda militar es una suerte de bálsamo para el atribulado contribuyente norteamericano. Si los Estados Unidos, por lo general, ayudan a más de una dictadura en Asia, Latinoamérica, el Cercano Oriente, etc., al menos, de esta manera, la opinión pública estadounidense puede estar segura de que son estas dictaduras progresistas las que mejoran el destino del campesino mediante altruísticas reformas.

Uno de los más aventajados "beneficiarios" de la ayuda exterior norteamericana, ha sido el Vietnam del Sur. Robert Trumbull escribía en el *New York Times* del 12 de mayo de 1961:

Las autoridades norteamericanas estiman que la actual ayuda militar cubre el 80% del presupuesto de defensa de Vietnam del Sur. Además, la asistencia económica ha totalizado desde 1955 más de 1.300 millones de dólares.

Esto fue escrito al comienzo del compromiso militar norteamericano en la guerra civil vietnamita, y desde entonces, la ayuda estadounidense ha alcanzado casi dos millones de dólares diarios. Gran parte de la ayuda económica otorgada a Vietnam del Sur fue utilizada en el programa de la reforma agraria. La implan-

tación de este plan explica, en gran parte, la reiniciación de las hostilidades en Vietnam del Sur después de 1955.

Debe destacarse a esta altura, que en el norte y centro de Vietnam eran poco frecuentes las grandes posesiones agrarias, aun antes de la aparición del Vietminh. En estas áreas, las propiedades mayores eran plantaciones de caucho propiedad de franceses. Los vietnamitas que poseían tierra suficiente como para emplear mano de obra, generalmente preferían trabajarla por sí mismos. A este respecto, se asemejaban a los kulaks de la Rusia prerrevolucionaria y a los "campesinos ricos" de China, mucho más que a propietarios de tierra feudales.

LA REFORMA BENEFICIA AL LATIFUNDIO

En el delta del Mekong, en cambio, las condiciones eran diferentes. La menor densidad de la población permitía la existencia de propiedades de gran tamaño. Casi hasta el final de la guerra de Indochina, el problema de la desigual distribución de la tierra era tan crítico en la región meridional de Vietnam como en América latina actualmente.

Durante la guerra entre Francia y el Vietminh, muchos grandes propietarios del delta del Mekong huyeron de la turbulenta campaña para refugiarse en las ciudades en poder de los franceses. Siempre que ello fue posible el Vietminh parceló las grandes posesiones, distribuyó la tierra entre los campesinos, sin compensación para sus anteriores dueños, y canceló todas las deudas. Hacia 1954, los franceses sólo estaban seguros en las grandes ciudades. En el delta, la expropiación de los latifundios fue total. De tal manera, cuando Ngo Dinh Diem llegó al poder a mediados de 1954, al menos en lo que a los campesinos concernía, el problema de la distribución de la tierra estaba resuelto. Con su radical política agraria, el Vietminh se había ganado el apoyo de la mayoría de los campesinos, la clase social más numerosa del Vietnam.

Una vez terminada la guerra, una calma relativa descendió sobre la campaña. En el norte, gobernaba el Vietminh; en el sur, Diem retenía el poder respaldado por los norteamericanos. Pronto, los latifundistas del sur empezaron a buscar medios para recuperar sus perdidas propiedades. Algunos querían incluso percibir los alquileres atrasados por causa de la guerra, mientras habían permanecido refugiados y escondidos en Saigón. Como clase, los desposeídos propietarios de la tierra eran lógicos aliados de Diem, cuyos propósitos eran hacer retroceder el reloj para

Vietnam del Sur y anular todas las conquistas obtenidas durante la resistencia anticolonialista.

Diem contó con los servicios del experto estadounidense Wolf Ladejinsky. Este elaboró una ordenanza para la reforma agraria, que unía a los propietarios y no a los campesinos, detrás del régimen de Diem. La ordenanza Diem-Ladejinsky "de hecho fue promulgada en un momento en que los grandes propietarios parecían estar recuperando creciente influencia en los círculos del poder político, y (la ordenanza) era en muchos aspectos, una medida de inadecuada conciliación". (David Wurfel en "Reforma Agraria en la República del Vietnam", *Far Eastern Survey*, junio 1957). Se esperaba que la imposibilidad del Vietminh para controlar el Vietnam del Sur, significaría que sus políticas —para mejor o peor— no serían cumplidas al sur del río Ben Hai. Quizás lo más irónico de todo es que Ladejinsky, el hombre encargado de devolverle el Vietnam del Sur a los latifundistas, había sido etiquetado como comunista por el senador Joseph McCarthy.

LOS CAMPESINOS RECHAZAN LA REFORMA

El programa parecía bastante progresista en lo externo, si se desconocían las realidades de la relación de propiedad en Vietnam del Sur después de 1954. Proponía la reducción de las rentas del 40-50% de preguerra al 15-25% para la cosecha principal, dependiendo además del valor de la tierra el porcentaje exacto a ser pagado por el trabajador. Los intereses sobre préstamos, alquiler, herramientas y animales de tiro, no debían exceder del 12%. En cuanto a la propiedad de la tierra, se estableció para los propietarios un límite de 245 acres (aunque podía serles atribuida mayor cantidad para "propósitos religiosos"). La tierra confiscada debía ser pagada. Según Tillman Durdin, el 10% de su valor era pagado al contado y el resto en bonos gubernamentales. La reglamentación relativa a la tierra abandonada era favorable a los propietarios, pues éstos sólo debían "declarar su intención de arrebatarse la tierra sin trabajar o cultivarla ellos mismos, de otro modo se los consideraría ausentistas". La tierra no reclamada era muchas veces reservada para ser ocupada por refugiados católicos provenientes del Vietnam del Norte.

Las reformas estaban concebidas más para impresionar al exterior (especialmente a la opinión pública norteamericana, con la "democrática revolución nacional" que se suponía estaba ocu-

riendo en Vietnam del Sur), que para mejorar realmente las condiciones de trabajo y de vida del campesinado nativo. Las reglamentaciones que restringían la actividad de los grandes propietarios, casi nunca fueron acatadas. Quizás lo más importante es que las "reformas" de Diem, constituían en realidad una revolución en retroceso. El gobierno "reducía" arrendamientos que el Vietminh había abolido, vendía tierra que el Vietminh había redistribuido y restablecía posesiones y propiedades que el Vietminh había liquidado.

La resistencia campesina a estas medidas fue creciente, adelantándose a la guerra civil que se venía perfilando y anunciando. Ya en la primavera de 1955, Ladejinsky descubrió lo que el *New York Times* describió como "un extraño problema surgido de la reforma agraria". Decía el Times:

"Habitualmente, son los arrendatarios los que desean la reforma agraria, y los propietarios quienes más se oponen. Sin embargo, en la mitad meridional de Vietnam, los propietarios están aceptando el plan de reforma agraria gubernamental con mayor interés que los campesinos arrendatarios" (abril 5 de 1955).

UN EXITO INSOLITO

La ordenanza gubernamental incluía Comités de Reforma Agraria, integrados por jefes provinciales o de distrito, más un número igual de representantes de los campesinos y de los propietarios. Sin embargo, los campesinos obstruyeron sistemáticamente las elecciones de sus propios delegados. Rehusaban "tener algo que ver con la maquinaria montada". En algunas regiones, los electores potenciales permanecieron ausentes durante la elección de representantes y hasta llegaron a presentarse en grupo a los lugares del escrutinio para luego no votar, poniendo de relieve su deseo de no tomar parte en el asunto" (Wurfel, op. cit.). Muchas veces se hizo necesario que los jefes provinciales designaran los "delegados" campesinos.

Los obreros rurales, conducidos por viejos cuadros del Vietminh, comenzaron a organizar una resistencia violenta a los esfuerzos de Diem por deshacer la reforma agraria Vietminh. En efecto, escribe Wesley Fishel en 1959:

El principal objetivo del esfuerzo comunista en los últimos meses, ha sido el programa de reforma agraria gubernamental... Ataques te-

roristas a agentes enviados desde Saigón para explicar la reforma o para efectuar inspecciones, causaron retrasos. De todos modos, unos 750 mil acres sobre un total de un millón de tierras arroceras en Vietnam del Sur, han sido redistribuidas.

Pero Fishel no especifica de qué manera la tierra fue redistribuida. Wolf Ladejinsky y Ngo Dinh Diem consideraban a la resistencia en la campaña, no como una señal de peligro, sino como una señal de éxito. "La oposición del Vietminh a la reforma agraria survietnamita —escribe Ladejinsky en 1961—, es violenta, precisamente porque el programa es exitoso".

Si la resistencia violenta es la señal de una exitosa política agraria (preludio entre otras cosas de la guerra civil), sólo cabe preguntarse qué clase de manifestación puede hacer que Ladejinsky y sus sucesores, consideren el fracaso del programa.

LAS PERSPECTIVAS DE VIETNAM DEL SUR

Keith Buchanan

Escribo estas notas en Camboya, en marzo de 1965. Cuando llegué al aeropuerto de Bangkok me aturdió la estridencia de los cazas norteamericanos de reacción; en el puesto de observación un grupo pequeño de oficiales norteamericanos contemplaba los aviones que iban perdiéndose en el cielo, empañado por el calor brumoso del fin de la primavera. Hay pesadez en la atmósfera y tensión en la voz de las camareras Thai; pronto se abatirán sobre el sudeste asiático las tormentas del verano. Más allá de la frontera de Camboya, los Estados Unidos siguen complicándose cada vez más en la guerra survietnamesa; han comenzado los ataques aéreos masivos contra blancos situados al norte del paralelo 17. En Phnom Penh el Congreso del Pueblo de Indochina, que congrega a cuantos luchan contra el nuevo imperialismo en Vietnam del Sur —los cleros budistas y católico, representantes del Frente de Liberación, de pueblos tribales y de vietnameses residentes en Francia o Camboya—, se encuentra sesionando; incluye también entre sus miembros a representantes del Pathet Lao, de Camboya, y de la República Democrática de Vietnam del Norte. Resulta paradójico, pero aquí, en el epicentro de la tormenta, las cosas se ven mucho más claras de lo que parecían en Gran Bretaña pocas semanas atrás; la totalidad de la situación entra de improviso en el foco exacto de nuestra perspectiva.

Por de pronto, comienza uno por adquirir repentina conciencia de las precisas implicancias que ofrece la guerra survietnamesa. Esta tortuosa franja de montaña y campos arroceros compone la extrema porción oriental del Tercer Mundo, marginada al norte y al oeste por países del bloque socialista y al este por

el imperio norteamericano que abarca las vastas extensiones del Pacífico y el cinturón de las bases isleñas —Filipinas, Formosa, Okinawa y Japón— desde los cuales se levanta una permanente amenaza militar contra los países socialistas asiáticos. Teniendo en cuenta el terror obsesivo de los Estados Unidos hacia los estados socialistas de Asia, y el gradual descubrimiento norteamericano de que los condenados y desposeídos del Tercer Mundo van despertando a una nueva conciencia de su poder, puede hablarse de una suerte de predestinación geopolítica en la larga pesadilla de los survietnameses.

A poco andar adquiere uno la sensación exacta de esa pesadilla, y de que la guerra es continuación de una lucha de veinte años librada por el pueblo de Vietnam del Sur por afirmar su dignidad humana. En mi condición de maestro descubro de pronto que los niños vietnameses, y los que hoy tienen la edad de los estudiantes a quienes enseñé en Nueva Zelanda, y tal vez algunos de los integrantes del Congreso, jamás han visto a su país en paz. Como europeo me maravillo de la amabilidad y el cariño con que me recibe este cálido y afectuoso pueblo del sudeste asiático, porque leo en sus periódicos —y ellos leen también— acerca del barbarismo creciente con que otros pueblos de mi mismo color de piel tratan de imponer su voluntad en estas tierras; todas las mañanas abro mi diario camboyano y leo los ejemplares recientes de lo que Graham Greene llamó nuestro “largo y pausado descenso hacia la barbarie”. Retorno con la mente a mis épocas de estudiante, cuando los bombarderos de Hitler sobre Guernica iban perfeccionando las técnicas del terror; cada vez que converso con camboyanos y franceses sobre el empleo, por parte de los norteamericanos, de sustancias químicas tóxicas, defoliantes, bombas napalm y técnicas de “guerra especial”, me parece encontrar una estremecedora similitud entre la España de los años 30 y el Survietnam de los años 60, porque estos últimos experimentos parecen dirigidos a perfeccionar la técnica de aplastar revueltas campesinas y movimientos de liberación nacional en todo el mundo, de la misma manera que los ensayos de Alemania apuntaban a colocar a toda Europa bajo la bota nazi.

Y a medida que pasan los días, y uno escucha, lee y habla, adquiere el convencimiento cada vez más firme de que la lucha en los campos de arroz y en las altiplanicies de Vietnam no es meramente una guerra para que puedan vivir en paz y dignidad 16 millones de vietnameses; es mucho más, y los que combaten lo saben muy bien. Se trata de una lucha cuyo desenlace puede

signar la suerte de los 2.000 millones de habitantes del Tercer Mundo en la próxima década, tal vez en la próxima generación. Es una lucha cuya importancia histórica ha vuelto a ponerse de relieve, al margen de los éxitos logrados por el Frente de Liberación Nacional, con cada derrota que la causa de la libertad y la dignidad humana sufre en otras regiones del Tercer Mundo. Si bien no se justifica el pesimismo en una visión a largo plazo, es importante que reconozcamos la realidad de contrastes como éstos: la contrarrevolución en Brasil, el bien urdido desplazamiento del gobierno del Partido Popular del Pueblo en la Guayana Británica, la confusión que ofrecen los nuevos gobiernos africanos como resultado de divergencias cuidadosamente fomentadas, la actitud ambivalente de la URSS en lo que respecta a los diversos movimientos de liberación nacional. Es bajo esta perspectiva sombría que deben evaluarse la significación global y la relevancia de la lucha survietnamesa para el resto de la humanidad.

Es una triste verdad que muchos que están en la izquierda (y especialmente la izquierda europea) tienen poca conciencia de la sofisticación y el artificio que entrañan las nuevas fuerzas colonialistas-imperialistas encarnadas por los Estados Unidos. Porque aparte de la arrogante creencia de que una simple masa de materiales, de hombres y de dinero ganará la partida, está también la astucia que se emplea en Vietnam del Sur para manobrar con una situación socio-política compleja —el uso de las poderosas sectas religiosas, de las poblaciones tribales, de los mercenarios y agentes especiales filipinos y chinos, y la intención de utilizar el proyecto del Mekong para asegurar la presencia de las Naciones Unidas (que en la práctica será la presencia norteamericana) en tierras indochinas—. En el Congo se utiliza un sedicente humanitarismo como pretexto de la intervención; en América latina la revista de historietas se convierte en arma antisocialista; en Tanzania ocurre lo imperdonable y algunos funcionarios de embajada deben ser prestamente repatriados. Y aquí, en el sudeste de Asia, resulta deprimente advertir que la izquierda europea en su conjunto no ha incorporado estos cambios en su perspectiva global; esta perspectiva es, en gran medida, la misma de los años 30 (aunque quizá carezca del ferviente idealismo de aquel período), y por lo que hace a la estrategia colonial y a los movimientos de liberación nacional se muestra demasiado insensible, demasiado europeocéntrica como para hacer frente a las nuevas realidades. Queda desvalida frente a las nuevas estrategias que elaboran con éxito los sucesores de las viejas potencias coloniales —la CIA y el Pentágono—, y que son aplicadas con tanta eficacia

en los puntos más sensibles del Tercer Mundo: Brasil, el Congo, Vietnam. Estas son, en verdad, las áreas claves desde las cuales pueden dominarse continentes enteros.

La lucha en Vietnam refleja también otras consecuencias. Ya en 1963 algunos corresponsales destacaron que el ritmo de acumulación de armas norteamericanas en Vietnam no podía explicarse meramente en términos de la situación survietnamesa, y que parecía estar relacionado con una estrategia mucho más amplia. Aquí en el sudeste asiático resulta cada día más claro que tal estrategia apunta a la destrucción de los regímenes socialistas de Asia. Esta guerra meticulosamente planeada contra Vietnam del Norte tiene, pues, una doble finalidad: provocar la intervención de la República Popular China y dar así a los Estados Unidos pretexto para una represalia que atrasaría el desarrollo chino por toda una generación, o en su defecto, si tal intervención no se produce, desacreditar a China ante el Tercer Mundo, socavando de esta manera la poderosa tendencia prochina en el movimiento comunista mundial.

A medida que los acontecimientos en el sudeste de Asia se aproximan a su hora crítica, y en tanto pende de ellos la suerte de dos tercios de la humanidad, sólo parecen quedar tres rayos de luz. Primero, la imposibilidad, a la larga, de derrotar a un pueblo campesino en armas. Puede destruirse —y como último recurso tal vez occidente no retroceda ante un virtual genocidio— pero no se lo puede derrotar como pueblo. Segundo, la posibilidad —la remota posibilidad— de que las debilidades y contradicciones económicas internas de occidente puedan dar un respiro a los pueblos del mundo no occidental. Tercero, que la presión de la opinión pública mundial pueda —antes de que sea demasiado tarde— disuadir a los poderosos de la tierra de dar los pasos finales que precipitarían a la humanidad en su vasto conflicto racial; que la presión logre impulsarlos a escuchar las voces de aquellos que —como los hombres que participan de la reunión del Congreso del Pueblo Indochino en Pnom Penh, en momentos en que escribo estas líneas— habitan las naciones pequeñas e indefensas, víctimas de la paranoia y de la desesperación que el miedo infunde a los poderosos. En este momento de decisiones el papel de la URSS, que tan ambiguo aparece ante los pueblos de Asia, es tan importante como el de su gigantesco colega norteamericano.

POST SCRIPTUM:

Los norteamericanos están empleando un nuevo instrumento de horror en Vietnam, llamado "lazy dog", según informa el *Daily Mirror* de Londres.

Explota a nueve metros del suelo, y escupe decenas de miles de afiladas astillas de acero que atraviesan las paredes, los techos y los cuerpos humanos.

"Todo lo aniquila. Nada queda con vida después", expresa el diario.

Los norteamericanos señalaron al reportero del *Daily Mirror* Donald Wise que el *lazy dog* "destruye una manzana entera".

Wise escribió: "los bombarderos no siempre pueden elegir. También civiles han sido aniquilados por las bombas".

Un norteamericano le dijo: "Ya hemos perdido la actual generación de vietnamitas. El Vietcong los ha ganado. Esperamos poner a la próxima generación de nuestro lado, merced a las bombas. Esta es nuestra nueva manera de luchar contra un enemigo campesino. Le haremos implorar clemencia mediante armas sofisticadas que él no puede conseguir."

Publicado en la prensa neozelandesa el 25 de marzo.

Keith Buchanan es profesor de geografía en la Universidad Victoria de Wellington, Nueva Zelanda; frecuente colaborador en MR, su artículo fue publicado en el Nº 2 del Vol. 17 de la edición norteamericana.

CARTA DESDE LA PRISION

William McAdoo

Este artículo fue escrito desde "The Tombs", o sea la Cárcel de Detención de la ciudad de Nueva York, adonde había sido enviado el autor sin beneficio de fianza mientras esperaba sentencia, acusado de contumacia criminal. El señor McAdoo, que preside el CERGE y es dirigente del Consejo de Defensa de Harlem, fue declarado culpable el 22 de marzo, junto con otras cuatro personas, en varias causas en que se le acusaba por rebeldía criminal contra el Gran Jurado del 2 de agosto, actualmente abocado a "investigar" los móviles de los "disturbios" del verano pasado en Harlem. El procedimiento de recluir sin posibilidad de fianza, por un delito menor, y sin que haya todavía sentencia, es poco habitual, si no único, en la legislación neoyorquina. Los cinco fueron sentenciados el 5 de abril, y en momentos de entrar en prensa esta edición (se refiere a la edición norteamericana) continúan en prisión, mientras sus abogados apelan las condenas. Los cinco convictos son William McAdoo, David Douglas, Vivian Anderson, Nat Barnett y Mike Crenovich. **Los directores.**

El siniestro maridaje entre el Gran Jurado del 2 de Agosto y la Oficina de Servicios Especiales del Departamento de Policía de Nueva York ha proporcionado a la clase dirigente una copia en pequeño, *made in USA*, de la maquinaria de la "justicia" nazi. La cooperación casi total de los medios de comunicación de masas en el mantenimiento de una conspiración de silencio permitió la consumación de este prototipo de proceso "legal" fascista.

El Gran Jurado del 2 de Agosto cuenta con el respaldo directo del gobierno federal. El subprocurador fiscal del distrito Joseph Philips admitió en audiencia pública que el gobierno federal está "interesado" en la labor de este Gran Jurado, y es un hecho que el FBI y el Departamento de Justicia cooperan también activamente con el tribunal.

A despecho de la Décimocuarta Enmienda, el Gran Jurado del 2 de Agosto fue integrado con la sistemática exclusión de los negros, los portorriqueños y los dirigentes sindicales. Se compone de individuos blancos, ricos, que tienen participación en varias empresas capitalistas (diez propietarios de corporaciones, cuatro ejecutivos de corporaciones, seis profesionales bien remunerados). Un Gran Jurado totalmente blanco, integrado por miembros de una clase que ha engordado sobre la miseria de los negros y los portorriqueños, y que son fundamentalmente responsables de la situación del ghetto determinada por su propia fiebre de lucro, no podrían ofrecer las garantías de "igual protección" de que habla la Décimocuarta Enmienda, sin enjuiciarse ellos mismos.

El Gran Jurado del 2 de Agosto ha pisoteado los derechos que acuerda a los testigos la Primera Enmienda, al interrogarlos sobre cuestiones de conciencia y convicción política. El testigo no puede ampararse en la Quinta Enmienda porque el jurado le ha prometido "inmunidad" contra cualquier acusación fiscal si responde con la verdad a todas las preguntas. El único problema reside en que un testigo dispuesto a cooperar no tiene garantía alguna contra la posibilidad de ser procesado por el gobierno *federal* bajo acusación de un delito conexo. Pero como se le ha ofrecido esta falsa "inmunidad" el testigo se ve forzado a prestar declaración acerca de sus amigos y asociados, so pena de ir a la cárcel acusado de rebeldía "civil", o "criminal", o ambas a la vez. Esto equivale a institucionalizar la delación.

Las diligencias del Gran Jurado se llevan a cabo bajo estricto secreto, a puerta cerrada, y el procurador del distrito no está obligado a informar a un testigo del juicio acerca de la materia que se investiga ni del propósito final de la investigación. Se impide a los abogados acompañar a los testigos mientras éstos son interrogados en las cámaras del Gran Jurado. Es ésta una violación del derecho constitucional de asesoramiento letrado en especial si se tiene en cuenta que el testigo puede ser acusado de rebeldía o perjurio, o bien resultar víctima de un ulterior proceso federal basado en las declaraciones formuladas ante el Gran Jurado.

El Gran Jurado del 2 de Agosto ha delegado sus poderes de

citación, con carta blanca, en su rama policial, a la Oficina de Servicios Especiales (el llamado Escuadrón Rojo). Los detectives de la Oficina de Servicios Especiales se apersonan a las víctimas señaladas ya sea en manifestaciones, en piquetes huelguistas, en pleno trabajo o en los hogares, y las correspondientes citaciones se redactan allí mismo (a la vista de todos los presentes) sobre formularios en blanco, tal como hacen con las boletas los agentes de tránsito.

Los detectives de la Oficina de Servicios Especiales han destrozado puertas, realizado incursiones nocturnas en casas de familia y practicado registros sin autorización escrita, exactamente al revés de lo que establecen nuestras garantías constitucionales sobre requisas ilegales e incautación. Han impuesto el terror y perpetrado abusos físicos contra familias, aparte de organizar arrestos bien sincronizados en horas de la madrugada, establecer vigilancias durante todo un día sobre sus víctimas y apelar en gran escala a la grabación de conversaciones telefónicas y a la colocación de micrófonos inalámbricos ocultos en casas de familia y lugares de reunión.

Este Gran Jurado es el fiel sirviente de los ricos. No ha llamado a declarar a los grandes propietarios de los tugurios, a esos mismos terratenientes que se mantienen lejos y obligan a la población de Harlem a vivir en verdaderas cuevas de ratas, mientras ellos cosechan millones cada año merced a los alquileres exorbitantes. El Gran Jurado no llevó a declarar a los mercaderes corrompidos de Harlem, a esos mismos comerciantes que roban a la población negra con sus precios altísimos y sus ventas en cuotas. El Gran Jurado no citó a declarar a los industriales ávidos de lucro, a los industriales que tienen en Harlem una ventajosa reserva de mano de obra barata y de personal de servicio. Es más: el Gran Jurado no tomó declaración a los oficiales de policía responsables de los ataques a golpes o a balazos que han sentado el reino del terror en Harlem, los mismos oficiales cuya misión es proteger a los terratenientes, mercaderes e industriales anulando y destruyendo todas las vías de salida para la protesta eficaz y constructiva contra la vida del ghetto.

Ya en mayo de 1964 la filial Harlem del Progressive Labor Movement (Movimiento Progresista del Trabajo) —PLM— advirtió a la población de Harlem que el departamento de policía se había embarcado en una campaña de terror e intimidación para impedir la huelga en el pago de alquileres, los desfiles de desocupados, los boicots escolares y las protestas contra la creciente brutalidad policial. En la primavera, el gobierno Johnson junto con

los amos políticos de la ciudad concertaron un acuerdo con los líderes negros "respetables". Uno de los resultados de este convenio fue la muy bien publicitada moratoria relativa a los actos de protesta y manifestaciones.

Sin embargo, la clase dirigente sabía perfectamente que el pueblo negro de Harlem, oprimido bajo el peso de condiciones de vida cada vez peores, no iba a ser embaucado ni apaciguado con facilidad. De allí que la ocupación policial de Harlem se convirtiera en premisa necesaria para la represión exitosa de las masas negras. A mediados de abril la Fuerza Táctica Policial ("riot squad" o escuadrón contra disturbios) sentó sus reales en Harlem. Se trata de una unidad especial de la policía neoyorquina, dotada de un adiestramiento particular que permite compararla con las fuerzas especiales que el gobierno emplea actualmente contra el pueblo en Vietnam. Por añadidura, cientos de policías de Bronx, Brooklyn, Queens y otros distritos fueron transferidos transitoriamente a Harlem por el tiempo que durara el proyectado período de ocupación. Estas fuerzas de ocupación fueron evidentemente sometidas a ejercicios prácticos bien planeados, tan parecidos a una "acción policial" normal como puede serlo la guerra de los Estados Unidos contra el pueblo vietnamés. En ciertas etapas de estos ejercicios prácticos se hizo marchar a varias unidades de combate (de cien hombres por unidad), en formaciones de cuatro en fondo, por la avenida Lenox o la calle 125. Al llegar a los destinos fijados, las tropas permanecían en posición de firmes hasta que los oficiales de policía que las comandaban hubieran despachado a cada hombre a un puesto específico en la vecindad. Centenares de agentes fueron concentrados en las diversas estaciones policiales, en edificios públicos, en los parques y demás ubicaciones tácticas. En varias oportunidades, otros agentes realizaron prácticas de ocupación de posiciones tácticas en las terrazas de las viviendas y en las bocas de las estaciones del subterráneo. El departamento de bomberos intervino también en estas maniobras de práctica casi cotidianas.

Tales movimientos alarmaron a la población de Harlem. La indignación de los moradores de Harlem comenzó a crecer en razón directa de la intensificación del terror policial. Más de trescientos casos de brutalidad fueron denunciados al Consejo de Defensa de Harlem entre el 17 de abril y el 18 de julio, día este último que marcó el comienzo de los "disturbios".

Durante estos tres meses, la prensa neoyorkina desató una implacable campaña de odio y escarnio racial. Los órganos periodísticos narraron historias fantásticas sobre inexistentes bandas de

fanáticos negros (como los supuestos "Blod Brothers" —algo así como una fraternidad sanguinaria—), bajo la instigación directa de la Oficina de Servicios Especiales. Estas supuestas bandas actuarían movidas por la avidez de "sangre blanca". Casi todas las crónicas periodísticas sobre las presuntas bandas fanáticas negras identificaban claramente a la Oficina de Servicios Especiales como fuente de los informes "responsables" sobre los relatos fraguados. Las historias de odio tenían por finalidad excitar los sentimientos antinegros entre la población blanca y servir de pantalla para la vil campaña de terror desencadenada sobre Harlem por la policía.

El asesinato de James Powell, escolar negro de quince años, por el oficial de policía Thomas Gilligan (16 de julio), y la sangrienta represión de una marcha pacífica de protesta contra ese crimen, marcaron el comienzo de un pogrom policial que duró tres días en Harlem. El plan maestro del departamento de policía se puso en marcha. Si la Oficina de Servicios Especiales puede compararse, en general, con la Gestapo, la Fuerza Táctica Policial de Nueva York, a raíz de su actuación durante los disturbios, se consagró holgadamente como la versión norteamericana de la odiada Guardia Selecta nazi de las SS.

Al parecer, ninguno de los hechos reales que se relacionan con los "disturbios" de Harlem interesan al Gran Jurado del 2 de Agosto. So pretexto de investigar los "disturbios" este Gran Jurado amenaza con suprimir a más de cuarenta personas y destruir tres organizaciones. La nómina de sus víctimas aumenta cada semana. La mayoría de estas víctimas pasará meses enteros en prisión, aparte de sufrir fuertes multas, acusada de "rebeldía criminal" por negarse a admitir esta ilegal inquisición. (Muchos se encuentran ya en la cárcel). El Movimiento Progresista del Trabajo, el Movimiento del 2 de Mayo y el Consejo de Defensa de Harlem han sido hasta ahora las víctimas propiciatorias de esta inquisición.

Se está sentando un detestable precedente en la ciudad de Nueva York. Si se permite que el Gran Jurado del 2 de Agosto salga con la suya, otros grandes jurados en complicidad con otros "escuadrones rojos" comenzarán a funcionar en muchas ciudades de todo el país. Es probable que esta calamidad se propague como una gangrena donde quiera se encuchen fuertes voces disidentes que amenacen los planes de Lyndon B. Jhonson y su gobierno de Big Business (los grandes negocios). Hemos sido ya testigos de un ejemplo típico de la nueva "ley" impuesta por la administración, y no podemos menos que adivinar el desarrollo futuro de este nuevo "orden" en el país. Lo que hemos visto es una pequeña muestra de la "Gran Sociedad" con que sueña el presidente.

Recuérdese que hubo muchos (liberales incluso) que permanecieron en silencio cuando Hitler empezó con la persecución abierta de los comunistas y siguió con la eliminación de los sindicatos y de todos los opositores políticos, incluidos los liberales, como paso previo al establecimiento de su "nuevo orden".

No podemos limitarnos a esperar el desenlace del odioso drama que se desarrolla actualmente en la ciudad de Nueva York. Este juego deleznable exige una inmediata repulsa. ¡Todos debemos ponernos de pie! ¡Eleva nuestra voz! ¡Devolver el ataque! ¡Y debe ser ahora mismo!

PERU: SU ORGANIZACION CAMPESINA

Sebastián Salazar Bondy*

Los observadores extranjeros estiman, después de visitar el Perú, que el segundo frente revolucionario podrá manifestarse en breve tiempo en nuestro país. Los peruanos somos menos optimistas, no pensamos que la situación aquí sea más estable que en otros países de Latinoamérica, sino porque la madurez de las condiciones subjetivas para semejante rebelión arrastra tras de sí la crisis evidente de las condiciones objetivas. El abismo socio-económico se ahonda, la penetración imperialista se profundiza, la miseria se extiende, y la acumulación de riqueza por parte de la casta oligárquica se vuelve más y más rapaz. Por otra parte el aislamiento de las masas, las medidas represivas de la policía, etc., también operan eficientemente para una clara conciencia popular y la consolidación de una fuerza revolucionaria. A pesar de todo la hora cero llegará. Muchos signos anuncian que una pequeña chispa puede hacer arder los Andes y aunque algunas esporádicas llamas han sido extinguidas rápidamente, la realidad muestra que las chispas aún quedan.

* Sebastián Salazar Bondy es uno de los más eminentes escritores con que cuenta la cultura peruana y un frecuente colaborador de MR. Desgraciadamente los diarios consignaron hace pocos días la noticia de su fallecimiento, cuando apenas tenía cuarenta y un años. Al publicar este artículo, que trata un tema que constituyó una de sus principales preocupaciones como intelectual revolucionario, queremos rendir homenaje a su incansable actividad por la liberación latinoamericana. Salazar Bondy recibió en dos oportunidades el Premio Nacional del Teatro del Perú (1947-1951) y una vez el Premio Nacional de Periodismo. En 1961 le fue conferido el Premio Hispanoamericano de Poesía, León de Grieff, en Caracas, Venezuela. Este artículo fue publicado en el N° 8 del Vol. 13 de la edición norteamericana de MR.

PARA CADA PERUANO UNA RACION DE HAMBRE

Es imposible hablar de la probable revolución peruana sin describir a grandes rasgos, la situación económico-social del Perú. Las estadísticas totales son más patéticas que las palabras. De 11 millones de habitantes (según los datos oficiales del censo de 1961), el 13 por ciento o el 1,6 del total monopoliza la mitad del ingreso nacional. El campesinado especialmente (56 por ciento de la población) recibe sólo el 13 por ciento del ingreso nacional. La tierra cultivable es muy escasa y además está controlada por unos pocos; el 1,5 por ciento posee el 63 por ciento de las tierras agrícolas fértiles. El resto pertenece a los indios (los *ayllus* o de origen precolombino) y a pequeños terratenientes. Grandes empresas agricultoras en manos de propietarios nativos y extranjeros (como Grace and Co.) están orientadas hacia la exportación del cultivo, de este modo reducen la cantidad disponible para el consumo interno. Además, un periódico ascenso en los precios tiende manifiestamente a bajar las ventas. El *latifundismo* está integrado a la banca, la minería y a los intereses importadores que controlan el mercado de cambio extranjero y los créditos (el valor del interés es uno de los más altos del mundo, a veces llega al 22 por ciento). Si a esto se agrega que la producción de energía (petróleo, electricidad, carbón) está monopolizada por empresas norteamericanas y esa nueva inversión elude la industria y se desvía en canales especulativos y antieconómicos (propiedades horizontales, alojamientos, importaciones ostentosas) el panorama se vuelve aún más oscuro.

El campesino es la víctima principal de todo el sistema. Es explotado por el terrateniente, las compañías mineras, los comerciantes, así como por el estado; todos los cuales finalmente sacan provecho de su bajo nivel de vida. El trabajador de la ciudad, aunque también explotado y a pesar de sus bajos ingresos, parece privilegiado en comparación con su hermano campesino. El indio quechua ni siquiera está beneficiado por las pocas leyes sociales existentes, la posibilidad de progreso individual, educación, o cualquier otra ventaja disfrutada por un trabajador en la sociedad capitalista. La dieta de nutrición de los peruanos, en proporción, está entre las peores del mundo —consume alrededor de 2.000 calorías y 20 gramos de proteínas diarias, de acuerdo con la información de la FAO. Estas son estadísticas; y desde que la población favorecida posee obviamente una dieta mejor, se deduce que tanto el labriego como el trabajador de la ciudad consume aún menos de lo que sugieren estas cifras —probablemente menos

del tercio de lo que los expertos consideran necesario para una dieta adecuada. El panorama se presenta aún más sórdido si observamos el nivel sanitario (sólo el 20 por ciento de las ciudades tienen agua corriente), o el nivel educativo (cada año 800.000 niños abandonan las escuelas, y hay alrededor de un 60 por ciento de analfabetismo), o el nivel de vivienda (9 millones de peruanos habitan en condiciones deplorables).

Las estructuras económicas y sociales tienen su contraparte lógica en la política. Terratenientes, banqueros e importadores han integrado con los directores y agentes de las compañías imperialistas una casta colonial que controla el país desde su independencia. Esta casta edificó una estructura político-judicial aparentemente democrática pero en definitiva dictatorial. Además de monopolizar las formas de poder, esta casta también controla los partidos de derecha y de centro, la prensa grande y mediana y otros medios de expresión. Para la dominación económica sobre el estado inventaron dos extraños organismos: uno de los cuales es el llamado *Caja de Depósitos y Consignaciones*, empresa formada con los seis bancos más importantes que tienen a su cargo las recaudaciones. Posteriormente, luego de reducir generosas comisiones, se las deposita en esas mismas empresas privadas de créditos, que así operan con las ganancias del dinero del pueblo. El otro organismo es el *Banco Central de Reserva*, banco de emisión de moneda cuya dirección está compuesta por los representantes de los bancos privados —estrechamente ligados a los monopolios nacionales y extranjeros— y delegados del Poder Ejecutivo del gobierno. Desde que el gobierno es elegido por elecciones previas manipuladas por los intereses económicos dominantes y no por la voluntad popular, como se cree formalmente —comprometiendo a los candidatos a través de contratos o préstamos, o utilizando otras variadas clases de fraude— la voluntad de los financistas prevalece sobre la voluntad de la mayoría.

Los males tienden a agravarse. La población, que aumenta en un 3,5 por ciento por año, llegará a 25 millones para 1981. Dejando de lado la posible despoblación de las zonas agrícolas, este crecimiento demográfico agravará todos los problemas tratados. Nada indica que el crecimiento económico (a pesar de la Alianza para el Progreso y otras fantasías similares) proseguirá a una velocidad igual o mayor. En la última conferencia de Punta del Este se estableció que el objetivo fundamental de la Alianza para el Progreso era alcanzar una tasa anual de crecimiento de 2,5 por ciento del producto nacional bruto por persona. Admitiendo el aumento proporcional de la población de Latinoamérica (3 por ciento) esto

implicaría un incremento del 5,5 por ciento en todo sentido del producto nacional bruto. El panorama peruano para 1961 fue algo mayor de un 3 por ciento. Esto fue más de lo absorbido por el aumento de la población: no hubo progreso sino retroceso. Continuamos y continuaremos retrocediendo. Cada peruano llega al mundo recibiendo una ración —cada vez mayor— de hambre. Y el campesino es el más perjudicado en todo este proceso.

LA LUCHA POR LA RECONQUISTA DE LA COMUNIDAD

Quizá sea éste el por qué de la actuación importante y decisiva que se le ha asignado al campesinado en la revolución peruana. Ese vasto conglomerado de hombres y mujeres —la mayoría de los cuales no habla español— es analfabeto y vive fuera de la estructura electoral, acumulando lentamente un odio ancestral. En el juicio superficial y poco profundo del comfortable habitante de la ciudad, racista en su hispanismo y consecuente en su occidentalismo, el campesinado es aparentemente pasivo, sin aspiraciones y vive en forma casi bestial. Muchas veces derrotado por la tierra y el ganado, su ocupación tradicional, el indio va a trabajar a las minas, en busca de mejor pago, y allí la tuberculosis termina con sus días. O emigra, por la misma razón, a la ciudad, donde construye sus precarias chozas en el círculo de las *barriadas* (áreas ilegales), que rodean el núcleo urbano principal del Perú. En el campo como peón, en las sierras como comunero (arrendatario), en la mina como jornalero, en la ciudad como desecho, en todos lados el indio muestra su presencia desconfiada. El político profesional lo evita, ya que su opinión no es considerada en la farsa democrática. El izquierdista lucha con dificultad para ganar su amistad, que es difícil de conquistar debido a las anteriores y frecuentes traiciones. El ejército por medio del servicio militar obligatorio, lo instruye para la vida militar, pero no se preocupa por asimilarlo a la vida civil junto con el resto de la comunidad. La iglesia también fracasa en su intento de integrarlo a la vida social, y agrega la superstición católica al ya heredado mundo mágico. Hace un tiempo se estableció que el llamado “problema indio” no se refería a la educación, a la higiene, o a la preparación técnica, pues la instrucción común le daría un conocimiento inútil. Para el que vive en la miseria, el jabón se considera algo exótico y superfluo, y la educación agrícola no significa nada para un simple esclavo de un latifundio. El único problema sobre todo es el económico, y sólo una verdadera reforma agraria —no la demagógica

y fingida reforma agraria del Perú, Venezuela o Colombia, que fomenta los intereses de los oligarcas mientras seduce a sus socios yanquis— puede preparar al pueblo indio para que despierte de su largo sueño.

Son precisamente factores económicos los que han causado una acción colectiva sin precedentes en los ámbitos de la vieja comunidad quechua. Observando estos hechos la plutocracia ha levantado su voz, al estilo maccartista, contra la indefinida agitación fidelista y comunista. En realidad, las llamadas “invasiones” de las haciendas privadas por los indios campesinos, han constituido un espontáneo movimiento de liberación, cuyo posterior desarrollo puede desencadenar una creciente ola insurreccional, de una nueva clase para las Américas.

Por ejemplo, la comunidad india o *ayllu* de Yerus Yacán, vivió durante cuatro siglos —sin contar los anteriores a la conquista española— en un extenso territorio de la provincia de Pasco, en el centro andino del Perú. En 1619 un enviado de la corona española demarcó la propiedad de esa comunidad y la reconoció legalmente. En la primera década de este siglo apareció en la zona una compañía norteamericana, Corporación Cerro de Pasco, que compró con miras a la explotación de la industria minera, la hacienda Paria (hasta entonces perteneciente a una comunidad religiosa), vecina a Yerus Yacán. El documento firmado entre la compañía yanqui y el convento de los Nazarenos, no se preocupó por definir los límites entre la hacienda adquirida por Cerro de Pasco y la comunidad india. Las cercas levantadas inmediatamente después de la transacción redujeron considerablemente el área adyacente. Fue a mediados de 1960 que el saqueo se volvió imprudente: los cuidadores de la Corporación Cerro de Pasco obligaron a los pastores a abandonar sus tierras tradicionales. Estos últimos, desarmados, cedieron ante la presión, pues recordaban claramente que el año anterior la misma compañía, apoyada por la policía, masacró a miembros de la comunidad de los Rancas, en una situación similar. Yerus Yacán presentó ante la corte un interdicto de recuperación. Esto les importó poco a los yanquis, pues sabían por experiencia que los tribunales tenían su precio. Mientras se retrasaba la acción judicial, se enviaron agentes a quemar las praderas y destruir las chozas, penetrando cada vez más en la propiedad comunal. En una asamblea general de la comunidad, sus dirigentes fueron autorizados para avanzar pacíficamente, para reconquistar las tierras perdidas hasta el límite indicado en el documento de 1619. La Corporación Cerro de Pasco y la Asociación

de Lanares del Centro —organización regional de latifundistas— denunciaron al gobierno esa “invasión armada” y la consideraron como el comienzo de una revolución al estilo cubano. El gobierno envió tropas de asalto, y después de aguardar un período hasta que calmara la alarma pública que la medida había provocado, atacó a los indios indefensos, expulsándolos de sus tierras luego de perseguirlos, golpearlos y hasta en algunos casos, matarlos. Sin embargo, después de los primeros días, los indios reaccionaron y volvieron a sus tierras.

Este no es un caso excepcional. Casos similares han sucedido en la misma región (Pasco) y en el norte y sur del Perú. Con el propósito de acabar con ello, los *comuneros* tienen un comando especial, formado por los que tienen entrenamiento militar. Usan tácticas militares, pero están desarmados y actúan sin violencia. De vez en cuando, los diarios de Lima publican historias sobre tal o cual comunidad que “invadió” las propiedades de los latifundistas o mineros. El lector informado sabe lo que pasa. Irritados por haber sido despojados, carentes de justicia, los indios decidieron hacer justicia por sí mismos y reconquistar lo que siempre les perteneció. Se está despertando un movimiento en busca de justicia.

¿Por qué?

Muchos son los factores que contribuyen, aunque no siempre centrados en el trabajo de los “agitadores políticos profesionales”, así llamados por aquellos que desean oscurecer la realidad. Los comuneros carecen de un pensamiento político claro y no desean una revolución. Los mueve un frustrado sentido de justicia, el deseo de recobrar lo suyo, la tierra, que para ellos está dotada de una naturaleza divina, el *Pachamama* adorado por los incas, venerado también por todos los agricultores. A pesar del inseguro apoyo que les presta a sus esfuerzos la prensa de izquierda, los indios se han mostrado cautelosos, confiándose más en los elementos amistosos —o aparentemente amistosos— de la autoridad, que en la adhesión doctrinaria de los partidos revolucionarios.

Tomando en cuenta estas experiencias, los comunistas, los social-progresistas y otros partidos con tendencia izquierdista del Perú, se preocupan por atraer a los *comuneros* rebeldes hacia sus objetivos y fomentar una conciencia socialista.

El trabajo principal, según parece, debe estar dirigido a la formación de una conciencia política entre las masas populares, especialmente los indios. Desgraciadamente poco se puede esperar de los sindicatos, compuestos de rompehuelgas, burócratas o poli-

tigueros que dirigen la Confederación General de Trabajadores del Perú, controlada por los traidores (social-traidores) del APRA. Se debe comenzar con los comuneros en las regiones agrícolas de los Andes donde, además de las arcaicas tradiciones de hegemonía perdidas a través de la conquista española, se observa el panorama de la sucia economía bosquejada en las estadísticas ya citadas.

EL FUEGO DESCENDERA DESDE LOS ANDES

Evidentemente éste es un problema que debe solucionarse desde dentro. Los siete millones de indios y mestizos poseen una cultura —en el sentido de la antropología moderna— por más grande que haya sido la influencia de la cultura occidental. El estudio de esta cultura es indispensable; ese universo cerrado, sólo intuído por los peruanos de la costa y las ciudades, en el arte folklórico, en la poesía nacional con su simplicidad y belleza, la danza y el canto, o percibido por la erudición académica, abstracta e idealista, a través de estudios hechos sobre instituciones tales como los *ayllu*, o comunidad, y los *servicacuy*, o matrimonio de ensayo. Es imposible llevar a los indios a una revolución a través de una mera política de agitación. Debemos encontrar y comprender el espíritu del hombre quechua. Es inútil y ridículo pretender que usen nuestro lenguaje, nuestro sistema racional, que comprendan nuestra complejidad intelectual y cultural, mientras nosotros mismos no cumplamos con el proceso inverso. El caso de Perú es muy diferente del de Cuba. El status del campesino cubano —como el venezolano, el brasileño y muchos otros— apenas superaba la condición de esclavo, a pesar de tener una base común con el intelectual: lenguaje, nacionalidad, historia. Martí, símbolo de la independencia, estaba tanto en el corazón de los *guajiros* como en el de los estudiantes de La Habana y Santiago. En Perú por el contrario, pese a que el estudiante está a favor de una revolución hay diferencias abismales que lo separan del indio: el lenguaje; la historia gloriosa de uno narra la historia de opresión del otro. Pertenecen a naciones diferentes les guste o no. El concepto de integración de los dos grupos —indios y blancos— debe concebirse a través de una búsqueda dinámica de integración de los segundos a los primeros, y no en forma inversa.

Es evidente que no se constituirá un programa de reforma efectivo si proviene de los esgrimidores de la economía del poder, o de un imperialismo que explota las riquezas de una nación y sus habitantes, arrebatándoles sus propiedades, arrojándolos a las

minas para morir, convirtiéndolos en sirvientes, peones, jornaleros pagados miserablemente, desamparados de todo derecho legal. El establecimiento de la oligarquía agotó sus esfuerzos creando un sistema social seguro de acuerdo a una ley que, como ellos solían llamar en los tiempos coloniales, "es respetada pero no obedecida". Hace tiempo, cuando todavía eran militantes revolucionarios, los Apristas acuñaron una expresión: "*Cholo barato, azúcar caro*". Ahí, en pocas palabras, está la fórmula que fue utilizada para mantener al 56 por ciento de la población peruana en condiciones subhumanas. Ahora sólo hay un camino para que el azúcar —o el algodón, o el petróleo, ya que la historia es la misma— pueda conferir sus beneficios para la población entera. Esos millones de "cholo barato" descenderán, como lo previno Carleton Beals hace unos años, con antorchas encendidas desde los Andes.

Las urnas electorales —la "democracia representativa" representada con la ausencia de once millones de peruanos— son parte de la farsa oligárquica. Nadie, salvo aquéllos que las usan, cree en ellas. Los campesinos peruanos deben luchar para recuperar las tierras de las cuales los despojaron, así como los comuneros de Yeru Yacán lucharon para recuperar las tierras perdidas. Cuando llegue esa hora, los Andes se transformarán, como lo predijo Fidel Castro, "en una inmensa Sierra Maestra".

LOS "SERVICIOS" PRESTADOS

Andrés G. Frank

En la actualidad, la escasez de capital para la inversión interna, los déficit en la balanza de pagos y, por supuesto, el aumento de la deuda con los gobiernos extranjeros y sus organizaciones internacionales, son cosa común en los países subdesarrollados. Uno de los orígenes de este problema es la salida de capital de esos países pobres y subdesarrollados, hacia los que son ricos y desarrollados; el tema fue tratado en estas páginas por Leo Huberman y Paul Sweezy en su trabajo "La inversión extranjera" (MR, marzo de 1965), por Philip Reno en su "Los dividendos del aluminio y los pueblos del Caribe" (MR, noviembre-diciembre de 1963) y por mí mismo en "Sobre los mecanismos imperialistas: el caso de Brasil" (MR, octubre de 1964). Estos estudios destacan los efectos del subdesarrollo de la inversión extranjera, que en realidad succionan el capital de los países subdesarrollados, y las consecuencias económicas, políticas y sociales de su acción en dichos países.

Estos problemas tienen también otras causas que, si bien son parte de la misma historia, se habla de ellas con menos frecuencia. La tabla que acompañamos ilustra con elocuencia sobre otra de esas causas, que también ocupa un lugar preciso en el conjunto de la estructura capitalista y en la relación de explotación que ésta impone entre la metrópoli y sus satélites dentro del sistema imperialista.

La tabla plantea algunas preguntas, como: ¿Cuánto servicio se presta?, y ¿quién lo presta a quién? La respuesta, quizás sorprendente, a la primera pregunta, es que América latina, que es evidentemente pobre, se ve forzada a importar suficientes mercaderías para mantener en funcionamiento su economía capitalista

SERVICIOS PRESTADOS

América latina (excepto Cuba)

Promedios anuales

	Años 1956-1960		Años 1961-1963	
	Millones de dólares	Porcentaje	Millones de dólares	Porcentaje
A. Ingresos en divisas por mercaderías y servicios	9.246	100	10.148	100
B. Pagos en divisas por servicios:				
1. Transporte y Seguros .	906	9.8	980	9.9
2. Beneficios girados (a) .	1.262	13.6	1.420	14.1
3. Servicios de la deuda ..	1.082	11.6	1.594	15.8
4. Viajes	491	5.2	584	5.7
5. Otros servicios	656	7.1	560	5.6
6. Donaciones	123	1.3	158	1.5
7. Fondos Transferidos ..	51	0.5	571	5.8
8. Errores y Omisiones (b) .	373	4.0	286	2.8
PAGOS TOTALES	4.944	53.0	6.154	61.0

(a) Es importante comprender que esta cifra, y en consecuencia el total de los pagos, subestima el monto real de la salida de capital bajo la forma de beneficios obtenidos por las firmas extranjeras. Una parte adicional e importante de sus beneficios aparece en los balances de ganancias y pérdidas de las compañías, y por lo tanto en el balance nacional de pagos, bajo el rubro "mercaderías". Estas corporaciones internacionales regularmente facturan por encima o por debajo sus ventas entre la oficina matriz y las subsidiarias o los clientes extranjeros, para librarse de los impuestos norteamericanos y extranjeros sobre las rentas, y de los controles de cambio. Consignan también gastos ficticios en remuneraciones suculentas de personal técnico que supuestamente presta asesoramiento en la producción de mercaderías. En una palabra, las corporaciones internacionales ocultan deliberadamente sus beneficios bajo el rubro "costos de producción" de mercaderías.

(b) "Errores y Omisiones" es una categoría habitual en las cuentas de balance de pagos. El documento de las Naciones Unidas del que se han extraído estos datos comenta: "Por lo común, los errores y omisiones negativos forman parte del ítem de operaciones de capital y, al parecer, no se deben a una sobrestimación de la entrada de capital, sino más bien a una subestimación de la salida de capital".

FUENTES: Estudio Económico de América Latina 1963, E/CN.12/696/Rev.1, Nueva York, 1964, pp. 238-247, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina. Este documento cita a su vez el *Balance of Payments*, del Fondo Monetario Internacional, Vols. 12, 13, 14, y 15, como su fuente principal.

(no hablemos ya de desarrollarla), está obligada a gastar más del sesenta por ciento del total de sus ingresos en divisas, solamente en servicios.

Además, esta salida de fondos de América latina a cuenta de servicios va aumentando con el tiempo, tanto en sentido absoluto como con relación al monto de sus ingresos en divisas provenientes de la exportación de mercaderías y servicios. Como lo demuestra la columna final de la tabla, el promedio de pagos anuales de América latina en concepto de servicios aumenta, entre 1956-1960 y 1961-1963, de 5.000 a 6.000 millones de dólares anuales, y del 53 al 61 por ciento del total de ingresos de América latina. Si imagináramos un sistema internacional en el cual América latina y otras áreas subdesarrolladas se prestaran ellas mismas la mayor parte de estos servicios, en lugar de verse obligadas a usar sus escasas divisas extranjeras para este propósito, no nos sería difícil responder la segunda pregunta y ver quién presta realmente servicios a quién.

Como lo demuestra la tabla, los beneficios girados a las empresas extranjeras y el servicio de la deuda externa (intereses y amortización) absorben el 30 por ciento de los ingresos en divisas obtenidas por América latina. En los artículos antes citados se analiza el dudoso valor que tienen esos peculiares "servicios" para América latina. Pero la tabla demuestra también que otros "servicios", a los que generalmente se dispensa menor atención y difusión (y que por lo común no se suman como en la tabla) absorben otro 30 por ciento, poco más o menos, de los ingresos en divisas. Entre éstos, los costos de transporte absorben un tercio, o sea un respetable 10 por ciento del total.

Cuando un país pequeño, como Uruguay, en su afán de reducir estas pérdidas, quiso recientemente reservar para sus propios barcos un porcentaje mayor del total de sus embarques, los Estados Unidos le aplicaron como represalia la presión política y una amenaza de boicot económico.

El intento de varios países de establecer una flota común para América latina, con el objeto de complementar sus otras medidas de integración económica, ha enfrentado la más fuerte oposición política y económica de los norteamericanos. Por supuesto, la Zona de Libre Comercio de América Latina entusiasma a Norteamérica, ya que amplía el mercado para sus artículos, tal como lo he sugerido en "La integración económica latinoamericana" (MR, de octubre de 1963). Cosa muy distinta es una flota latinoamericana que reduzca el mercado para los costosos y subsidiados embarques norteamericanos.

En lo que respecta al gobierno norteamericano y a su propia crisis en la balanza de pagos, el presidente Johnson está alentando a los capitalistas de su país para que traigan más capital del exterior, tan pronto como sea posible. Esto es, está urgiendo a los monopolios norteamericanos a aumentar aún más las pérdidas de capital de América latina a través de lo que en la tabla aparece como "beneficios", "otros servicios", "donaciones", "fondos transferidos", y "errores y omisiones".

No es extraño que América latina carezca de capital y sea incapaz de importar suficientes maquinarias y otras mercaderías, si para ello dispone de menos del 40 por ciento de sus ingresos en divisas extranjeras. No es extraño tampoco, que América latina tenga un déficit crónico en su balanza de pagos y que para cubrir este déficit y las importaciones necesarias, los países del área se vean obligados a endeudarse cada vez más.*

Pero, por supuesto, esto de pedir prestado al exterior, lejos de ayudarla a resolver el problema, no hace más que agravarlo a la larga. Lo agrava directamente, como lo demuestra la tabla, por el hecho de que el servicio de esa deuda, en 1956-1960, costó a América latina mil millones de dólares y le consumió el 11,6 por ciento de sus ingresos en divisas; por si eso fuera poco, en 1961-1963 el servicio de la deuda aumentó más todavía, insu- miendo 1.500 millones de dólares y absorbiendo el 15,8 por ciento de los ingresos en divisas. Y las cifras siguen aún en aumento (En el período 1951-1956 la deuda por servicios había costado a América latina 400 millones de dólares, y sólo el 5,1 por ciento de los ingresos en divisas).

Indirectamente, como lo he observado en el artículo antes citado, el problema se agudiza porque los préstamos exteriores implican condiciones políticas y económicas que hacen depender cada vez más de la metrópoli la capacidad productiva de América latina. Y al mismo tiempo, América latina obtiene ingresos cada vez menores por las mercaderías que exporta. Así, entre 1950-1954 y 1962-1963, América latina perdió otro 25 por ciento de sus ingresos de exportaciones por el deterioro de los términos del intercambio. Pero esto es otra parte de la urdida historia: más servicios prestados.

* Además, es importante observar que del 40 por ciento de los ingresos en divisas disponibles para importar mercaderías, cerca de la mitad la absorben los combustibles y las mercaderías no durables, que podrían y deberían ser producidas por la propia región en cantidades mucho mayores.

TECNICA Y SOCIEDAD

David Horowitz

El conflicto entre los medios técnicos (esto es, racionalizados) y los fines humanos es de importancia vital para todas las sociedades modernas, y constituye un resultado directo de la revolución que ha venido sufriendo en occidente, desde hace más de dos siglos, la base económica de la sociedad. Es tendencia común entre los socialistas, afirmados en una fuerte tradición tecnocrática que abarca desde St. Simon y Engels hasta Lenin, pasar por alto el peligro real que la proliferación y racionalización de los medios implica: el peligro de que los medios sobrepasen a los fines. Incluso las más grandes crisis del movimiento socialista, desde la política staliniana y los incentivos stajanovistas hasta la "degeneración burocrática" y la descentralización del mercado, son todas facetas de este problema central.

Lamentablemente la obra del profesor Ellul, que se ocupa de este conflicto, no ayuda de ninguna manera significativa a mejorar nuestra comprensión del tema. Esta circunstancia es doblemente desafortunada, porque el Centro de Estudio de las Instituciones Democráticas, una de las organizaciones intelectuales más distinguidas de los Estados Unidos, ha consagrado toda una conferencia al libro de Ellul, y hubiéramos deseado verla abordar estas cuestiones sobre un terreno más firme.

Para el profesor Ellul, la técnica es el conjunto de los medios racionalizados y eficientes ("la totalidad de los métodos racionalmente elaborados y de eficacia absoluta") en cada campo de la actividad humana. El modo técnico es el modo eficiente, "el mejor modo de hacer algo". De acuerdo con el profesor Ellul, "la sociedad moderna es, en rigor, conducida sobre la base de consideraciones puramente técnicas". En vista de la fantástica ineficiencia y

el derroche que caracterizan la realidad social contemporánea en la mayoría de sus aspectos, un lector indulgente sugeriría que lo que realmente quiere decir Ellul es que la eficiencia es el ideal hacia el cual imaginan estar avanzando los que realizan las cosas, pero que en el terreno concreto intervienen intereses especiales e ideologías no técnicas, obstruyendo la consecución de dicho ideal. Pero no es esto lo que Ellul quiere decir, según él mismo lo señala. La técnica, a su entender, es "autónoma", y el hombre y sus ideologías son meros accesorios de la técnica. "Si hacemos uso de la técnica, debemos aceptar la especificidad y autonomía de sus fines, y la totalidad de sus reglas. Nuestros propios deseos y aspiraciones no pueden modificar nada".

Este rígido determinismo, como cabía suponer, coloca una y otra vez a Ellul en conflicto directo con los hechos, aun en aquellos casos en que intenta defender su posición con una variante suavizada de la línea de pensamiento descrita. Tras argumentar que la autonomía de la técnica hace converger a todos los sistemas políticos, dado que "es imposible todo tipo de administración que no sea técnicamente el más eficiente", Ellul extiende su razonamiento para incluir también dentro de él la convergencia de todas las estructuras financieras: "un régimen financiero diferente es de la misma manera un imposible". Los hechos políticos y sociales son bastante elocuentes, por lo cual dejo a cargo del lector el juzgar la afirmación de Ellul de que "el orden social es en todas partes esencialmente idéntico: la variación entre la democracia, el comunismo y el fascismo representa un mero fenómeno superficial". Volvamos, pues, a la cuestión financiera. Evidentemente la estructura impositiva actual, que permite una marcada desigualdad en las rentas, es ineficiente desde un punto de vista puramente técnico (*), y deriva en crisis de infraconsumo crónico. Toda vez que las consideraciones técnicas son las que llevan la voz cantante en la sociedad (según Ellul), y no los intereses de clase, como dicen los marxistas, ni el criterio convencional, como quieren los galbraithianos, sólo puede haber una conclusión: aunque todavía no se aplica "una técnica impositiva científica", "parece incontes-

(*) Por ejemplo: ¿Por qué dos bombas? ¿Por qué fueron lanzadas dos días antes de la fecha fijada para que los rusos entraran en la guerra? ¿Por qué se hizo sin informar a los rusos, cuya decisión de entrar en la guerra fue un elemento fundamental de los acuerdos de Yalta? Si fue algo puramente técnico, ¿por qué hubo divergencias entre los técnicos (los hombres de ciencia) sobre si debía o no realizarse el lanzamiento?

table que ese rigor, técnico, debido a las ventajas que es capaz de reportar, acabará por imponerse a la larga. Existe una estructura impositiva óptima perfectamente determinable. Ella rinde el mayor beneficio posible al estado, y al mismo tiempo *igualada las fortunas de los ciudadanos* poniendo a resguardo la hacienda fiscal. No existe razón válida para no llegar a esto. *Este sistema óptimo va abriéndose paso en todos los estados y superando gradualmente las motivaciones ideológicas conexas y adventicias*". Esta última expresión "empírica" a través de la cual pretende Ellul probar su hipótesis está, desde luego, en directa contradicción con los hechos conocidos. Porque en todos los países capitalistas y en muchos países socialistas subsiste una notoria desigualdad en las rentas, al mismo tiempo que en ciertos estados capitalistas la desigualdad ha seguido una tendencia a *augmentar* desde la segunda guerra mundial (*). Puede que esto sea ineficiencia, pero de cualquier manera conviene a los intereses de aquellos cuyo poder es el que decide la estructura de los objetivos para los cuales ha de emplearse la técnica. Sin embargo, toda la tesis de Ellul se apoya precisamente en la negación de aquel poder.

Aunque éste no es sino uno de los ejemplos que ofrece la extensa obra, basta para dar una pauta y demostrar por qué el libro de Ellul resulta en definitiva inútil para cualquiera que se interese seriamente en el conflicto entre las técnicas racionalizadas y los propósitos del hombre. A los ojos de Ellul no hay conflicto alguno: la técnica es lo dominante, y donde no lo es todavía llegará a serlo inevitablemente. Más aun: en el marco de la técnica misma no puede haber conflicto, por técnica quiere decir utilización del "mejor método posible". "No hay diferencia alguna entre la técnica y su uso". Por consiguiente, "nunca debe decirse: de un lado, la técnica; del otro, el abuso de ella". Si una nación se consagra a la investigación atómica, "es obligatorio que pase por la etapa de la bomba atómica", porque la bomba es "la utilización más simple de la energía atómica". Una vez que se tiene la bomba, el poseedor se ve compelido a usarla. "¿Por qué? Porque todo lo que es técnica es necesariamente utilizado tan pronto como se dispone de ello, sin distinción alguna sobre lo bueno y lo malo.

(*) En los Estados Unidos, por ejemplo, "a lo largo de la década de 1950 los ingresos del diez por ciento más favorecido de la escala de réditos superaron a los ingresos totales de los cinco décimos ubicados en el extremo inferior de la estadística, una relación casi igual a la que existía en 1910 y en 1918". Gabriel Kolko, *Wealth and Power in America*, 1962.

Esta es la ley principal de nuestra era". En este fragmento Ellul cita la observación de Jacques Soustelle a propósito de la bomba: "Si fue posible, era necesaria". "Realmente una frase maestra aplicable a toda la evolución técnica", comenta Ellul.

Uno no puede por menos de admirar la eficiencia de todo esto. Con la cita de una frase maestra, los interrogantes más complejos y angustiosos desaparecen (*). Indudablemente, toda la obra de Ellul constituye una masiva y sistemática simplificación (por no decir distorsión) de la profunda complejidad que ofrece la moderna historia humana, desde la división de la guerra fría, que es explicada por el hecho de que la Unión Soviética y los Estados Unidos son las "dos grandes potencias técnicas" y "todo otro país debe subordinarse a una o la otra sencillamente por superioridad técnica", hasta la evolución de la gran ciudad, que Ellul remonta a los comienzos del siglo XIX y explica como resultado del desarrollo de la producción de máquinas.

Con referencia a este último punto, precisamente, recordaré la obra clásica de Lewis Mumford, *The city in history* ("La ciudad en la historia"): "Al contrario de la creencia popularizada, el crecimiento de las grandes ciudades precedió a los avances técnicos decisivos de los últimos dos siglos". En realidad, la forma centralista de la metrópoli, según Mumford, pertenece al período cultural precedente; las nuevas técnicas se prestaban, naturalmente, a la descentralización, pero se originaron, a despecho de su potencialidad, en un orden social perimido.

Además de su defectuosa base empírica, la postura de Ellul parece una falla decisiva en su estructura teórica. Porque parece obvio que "el modo mejor de hacer algo" sólo puede determinarse estableciendo ciertos criterios de evaluación; y a pesar de Ellul, estos criterios no son dados *a priori* por una singular entidad llamada "la técnica". El no reconocer esta verdad conduce a Ellul a la conclusión de que la sociedad más totalitaria es técnicamente la más eficiente, proposición que, en el mejor de los casos, es dudosa. De modo que, según Ellul, la democracia ha fracasado en dar "el paso decisivo de afirmar que la necesidad técnica es lo único que cuenta"; y, como resultado, "cada vez que el estado democrático explota una determinada técnica debe recomenzar todo el proceso

(*) Esta es una de las frases favoritas de Ellul, y debemos considerarla con la mayor circunspección. De tal manera el establecimiento de un criterio de eficiencia "puramente técnica" exige un acuerdo previo sobre los fines.

para justificarse a sí mismo, debatir la necesidad de la medida propuesta... Y a la larga tendrá que capitular [ante los dictados de la técnica], pero mientras tanto sus escrúpulos actúan a manera de freno, si no en la concreta aplicación de las técnicas (lo que sería de todo punto imposible), por lo menos en el acometer la empresa". La noción aquí implícita, en el sentido de que la necesidad de una medida determinada desde el punto de vista puramente técnico es en todos los casos y niveles evidente por sí misma, y de que cualquier objeción a su necesidad sólo podría derivar de la invocación de "escrúpulos" ineficientes, revela ignorancia sobre el proceso de toma de decisiones racionales, una ignorancia que alarma descubrir en una obra dedicada a "la técnica". Porque aun en los niveles más abstractos de la teoría solamente puede llegarse a decisiones matemáticamente necesarias partiendo de un acuerdo previo sobre las escalas de valores preferenciales (*).

Un ejemplo concreto servirá no sólo para dilucidar estas cuestiones, sino que nos dará idea de lo fundamental que resulta esta incompreensión para la suerte de toda la concepción teórica de Ellul. "La técnica económica —escribe nuestro autor— está casi totalmente subordinada a la producción". Supongamos por un instante que esto es cierto y que, como lo asevera Ellul, el criterio rector de toda actividad económica es su eficiencia en la producción de lo que llama "el máximo rendimiento". ¿De qué manera, entonces, podría esto predeterminar toda la estructura de la técnica económica dentro de la sociedad, de acuerdo con el principio elluliano de la "decisión automática"? ¿Qué es el "máximo rendimiento"? Es decir, ¿el máximo rendimiento de qué? ¿De las mercaderías? ¿De los artículos de consumo? ¿De los bienes de producción? ¿De los servicios? ¿De los bienes y servicios? ¿De las utilidades? La que aquí se plantea no es una opción "puramente técnica", sobre la cual no puede haber divergencia. Es una opción muy real, y sigue siéndolo hasta tanto se llega a un acuerdo sobre determinada estructura de finalidades económico-sociales, como resultado —esperemos— de un debate social, salvo que una estructura semejante exista ya dentro del sistema económico (como ocurre bajo el capitalismo).

Ellul pasa olímpicamente por alto estas consideraciones, gra-

(*) Ellul sostiene que "es la necesidad lo que caracteriza al universo de la técnica. Todo debe ser acomodado a ella con matemática certeza".

cias al concepto abstracto de "producción". Pero aun esta abstracción es suficientemente concreta para revelarnos cuán lejos están las ideas de Ellul con relación al mundo real. En la Unión Soviética, por ejemplo, el acortamiento de la jornada de trabajo es también una finalidad importante de la planificación; y según Peter Wiles (*The Political Economy of Communism*, "La economía política del comunismo"), los rusos implantaron una jornada laboral más corta que la que disfrutaban los trabajadores ingleses en una etapa comparable del desarrollo económico. En lo que respecta al mundo capitalista, a despecho de lo que se dice en público sobre la necesidad primaria de aumentar la producción (y Ellul sería el primero en descartar los pronunciamientos ideológicos), el fenómeno más llamativo del moderno capitalismo corporativo es su *infrautilización* de los medios y fuerzas de la producción, tanto en las épocas de auge como en las de receso. El fin económico de la actividad en la sociedad capitalista (como lo confirma cualquier libro de texto ortodoxo) es la ganancia, no la producción bruta; la producción sólo tiene lugar allí donde rinde beneficios privados.

El capitalismo como régimen económico es, desde luego, el sistema arquetípico de la imaginación de Ellul, donde todos los fines están determinados por uno solo —la ganancia— y por la maximización cuantitativa de este mismo fin. Hacer de esto el prototipo de todas las sociedades modernas posibles, a la manera de Ellul, es asumir una actitud de la más pura índole fetichista.

Si bien la planificación socialista no puede satisfacer todas las necesidades económicas ni determinar "libre" y "conscientemente" todos los fines sociales (mito que ciertos elementos marxistas tradicionales han fomentado, desgraciadamente), la principal ventaja económica del socialismo es, indudablemente, la de permitir el establecimiento de una "escala de fines" que reemplaza al fin único de la ganancia privada en el empleo de los recursos económicos de la sociedad. Pero el análisis de Ellul sobre la planificación socialista es aun peor informado, si cabe, que el que hace de la producción capitalista. Para no citar más que un ejemplo elocuente, Ellul llega por el camino teórico a la conclusión de que es imposible "establecer la planificación en un sector de la economía, al lado de un sector no planificado" (p. 179).

En el esquema de Ellul sobre el desarrollo social contemporáneo —como se ha destacado más arriba— sostiénese que las dictaduras y los regímenes totalitarios son más eficientes que las democracias, y la necesidad histórica de todos los estados es avanzar hacia el totalitarismo. Se supone que la eficiencia de los regímenes totalitarios deriva de su capacidad para "utilizar los medios

sin limitaciones de ninguna especie". Tal capacidad es pura fantasía: ¡nadie más que Dios posee semejante poder! Más aún, inclusive como aproximación la tesis es incorrecta por cuanto es una verdad perogrullesca, en las sociedades tecnológicamente avanzadas, la de que los métodos autoritarios tienden a ser *ineficientes*. Ellos malogran tanto el desarrollo (por ejemplo, el "affaire" Lysenko) como el empleo de las técnicas. Poca duda cabe de que el freno principal del progreso soviético es hoy la naturaleza del estado unipartidario. Es esto lo que explica las deficiencias en el flujo de información de la base a la cúspide, la inercia de algunos sectores vitales de la conducción, la falta de identificación del pueblo con el plan, y la necesidad de complicados incentivos para asegurar la realización del plan. Por lo que hace a las sociedades desarrolladas, la proposición de Ellul de que "los métodos más autoritarios son los más provechosos" es sencillamente falsa.

Si he dado la impresión de poner excesivo énfasis en los errores de Ellul, el motivo de ello es que, hasta donde llega mi razón, poco hay que pueda calificarse de correcto en este extenso tratado. Para ejemplificar hasta qué punto es así, nada mejor que la afirmación de Ellul sobre el jazz como protesta cultural prototípica contra la esclavitud tecnológica. Dice el autor que el jazz en sí mismo es esclavizador:

"Remontémonos a su origen (el del jazz). Los negros vivían esclavizados sin remedio... En su penuria los negros descubrieron la canción, que era una respuesta a las necesidades de la fe... La celebrada observación de Marx de que la religión del siglo XIX era el opio de las masas europeas es igualmente aplicable al jazz de los esclavos negros. Estos crearon con el jazz una auténtica forma de arte. Pero también con él se cerraron todas las puertas de su propia liberación. El jazz aprisionó a los negros más y más en la esclavitud; a partir de entonces, encontraron en él un gusto áspero. Es altamente significativo que esta música de esclavos haya pasado a ser la música del mundo moderno... La razón es... clara: es la música de los hombres que se satisfacen con la ilusión de libertad producida por sus sonidos, mientras las cadenas de hierro van oprimiéndoles cada vez más".

Por supuesto que el jazz como forma artística aparece por vez primera por lo menos un cuarto de siglo *después* de la emancipación de los esclavos, y que el jazz contemporáneo, lejos de reforzar las cadenas de los negros, es la música de la rebelión negra.

Probablemente la obra de Ellul llega al colmo del absurdo

cuando trata de demostrar que el cerco de la sociedad tecnológica totalitaria está completamente cerrado, y que los esfuerzos humanos "hacia lo espiritual", que implican el rechazo total del presente orden de esclavitud, están condenados al fracaso.

"Supongamos que uno quiere escribir un libro revolucionario —conjetura Ellul en la página 419 de su implacable e intransigente descripción de la técnica como fuerza social dominante y sojuzgadora de la sociedad tecnológica—; la imprenta de la burguesía no editará a Lenin; la imprenta "revolucionaria" no editará a Paul Bourget; y nadie publicará un libro que ataque a la verdadera religión de nuestro tiempo, constituida por las fuerzas sociales dominantes de la sociedad tecnológica".

Es lástima que se trate de un libro tan malo, sobre todo porque el problema que pretendía dilucidar es de crucial importancia. "No es posible la técnica cuando los hombres son libres", escribe Ellul. En rigor, lo cierto es lo contrario. No hay libertad posible sin técnica. Las sociedades pre-técnicas son sociedades cerradas. Nunca como ahora, en toda la historia humana, la sociedad ha ofrecido intersticios tan amplios y aptos para la espontaneidad y la libertad que Ellul admira. Hace menos de cien años, Ibsen describía a Nora trasponiendo la puerta, en el final de "Casa de muñecas", como un gesto revolucionario. Por cierto que la crisis contemporánea no deriva del hecho de que como individuos nos veamos encerrados y constreñidos, sino de que no podemos ejercer nuestra libertad en tanto que seres sociales. Es la estructura de nuestra vida social la que se ve oprimida por la técnica omnipotente, pero al mismo tiempo es ésta la que nos da por primera vez, con su poder de demistificación contra los tabúes, las ideologías y las supersticiones, la oportunidad de entrever posibilidades de transformación de la estructura misma de nuestra vida social.

Ellul tiene razón al destacar los peligros que presenta la técnica en sí misma, pero pasa por alto la dialéctica y de tal manera falsea el progreso de los últimos doscientos años, sin encontrar en el proceso base viable para ninguna acción correctiva. La enorme fuerza y la contribución histórica de la tradición socialista consiste en haber hecho de esa dialéctica su preocupación primordial, y en procurar la reconstrucción de los vínculos sociales entre los hombres, que el capitalismo ha destruido, sin retrotraer la humanidad a la ignorancia, la esclavitud y la superstición de las épocas y formas sociales precapitalistas. La propiedad social sobre los medios de producción es un primer paso decisivo en esa dirección, pero ello no basta, y tal es precisamente el significado de la crisis

entre los medios y los fines. La apreciación crítica de esto es lo que señala el verdadero nacimiento del pensamiento socialista contemporáneo.

David Horowitz es autor de *Student* y está escribiendo actualmente una tesis doctoral sobre la automatización, para la Escuela de Economía de Londres. El siguiente artículo es una crítica del libro *The Technological Society* ("La sociedad tecnológica"): de Jacques Ellul, prólogo de Robert K. Merton, ed. Knopf, 1964.

Librería



MAC IVER 267

Fono: 30812 - Santiago

“UNA LIBRERIA DIFERENTE”
LIBROS - DISCOS - CERAMICAS

A los lectores de Monthly Review les ofrecemos títulos nuevos de libros ABSOLUTAMENTE EXCLUSIVOS PARA “PLA” EN TODO CHILE.

- La ideología del neocapitalismo — BRUNO TRENTIN
- Capitalismo e imperialismo norteamericano — PAUL ZWEEZY
- Planificación y desarrollo — OSKAR LANGE
- La revolución norteamericana — JAMES BOGGS
- Marxismo y sociología — EDGAR MORIN Y OTROS
- Fascismo y Marxismo — B. MUSSOLINI Y OTROS
- Los escritores contra Sartre — SARTRE Y OTROS
- Ejército y revolución industrial — JEAN CAZENEUVE Y OTROS
- El Pentágono y el militarismo norteamericano — GENE M. LYONS Y OTROS
- Marx y el derecho moderno — UMBERTO CERRONI

EXISTENCIA LIMITADA

CIERTOS ASPECTOS DEL CAPITALISMO NORTEAMERICANO

Paul M. Sweezy

Alexander Bittelman dedica casi el cuarenta por ciento de su artículo *Where is the Monthly Review going?* (“¿Adónde va *Monthly Review*?”) a un capítulo titulado “Ciertos aspectos del capitalismo norteamericano”. Esta sección está referida en su totalidad a una serie de artículos escritos por mí y publicados en MR (edición norteamericana) en los primeros dos años de vida de la revista. Trataré de analizar a continuación la diferencia fundamental que, en mi concepto, nos separa.

Esa diferencia gira alrededor de un interrogante: ¿Hasta qué punto y por qué medios puede la clase capitalista, actuando a través del estado, controlar la economía capitalista?

En primer término, permítaseme dar mi propia respuesta, en términos más claros que los que acerté a utilizar en los artículos que critica el señor Bittelman.

La economía capitalista contiene ciertas contradicciones inherentes e inerradicables. Entre ellas sobresale la tendencia a expandir la capacidad productiva mucho más rápido que la capacidad de consumo. Cuanto más madura es la economía capitalista tanto más fuerte es esta tendencia. Ella se traduce en crisis económicas y depresiones cada vez más graves. El estado normal de un país capitalista muy avanzado, como habían llegado a serlo los Estados Unidos en el período de interguerra, es la depresión crónica y la desocupación masiva.

Si nada se hiciera frente a este estado de depresión crónica, el conjunto del sistema capitalista se desintegraría más o menos rápidamente y se desarrollaría pronto una situación revolucionaria. Los sostenedores del sistema —la clase capitalista así como

elementos importantes de otras clases, incluida la conducción sindical dentro de la clase trabajadora— se apresuran a admitir la existencia de esta mortal amenaza. Los caminos abiertos a la acción parecen ser dos. Uno, desde luego, es el de las reformas. Cualquiera sean las variantes locales, el programa común de los reformistas involucra una combinación de obras públicas y redistribución de la renta. El otro camino es el del militarismo y la expansión exterior. Lógicamente, cualquiera de los caminos puede seguirse hasta el punto de tornar beneficioso o compensatorio el déficit de consumo que la economía capitalista tiende naturalmente a generar. La esencia de la política capitalista se convierte pronto en una lucha sobre la vía que se ha de seguir. Durante la gran depresión, cuando el desempleo y la angustia alcanzaban su climax en el mundo capitalista, los Estados Unidos escogieron el camino de las reformas. Ese fue el significado de Roosevelt y el New Deal. Exactamente en la misma época, Alemania, la segunda de las naciones capitalistas avanzadas de Europa, eligió la ruta del militarismo y la expansión exterior. Tal la significación de Hitler y el nazismo.

Pero bajo el capitalismo el camino de las reformas es en realidad un callejón sin salida. Toda la estructura del sistema obstruye el camino de las reformas en gran escala. Las palancas del poder están en manos de los capitalistas, y ellos se niegan a permitir otra cosa que paliativos temporarios. Esto explica por qué el New Deal nunca llegó a estar siquiera cerca de resolver el problema del desempleo, y ya se lo iba reconociendo en todas partes como un fracaso cuando la segunda guerra mundial vino a rescatarlo. Con la quiebra del New Deal a la vista, el capitalismo norteamericano se decidió prestamente por el camino del militarismo y la expansión exterior, y han venido transitando por él desde entonces. La estructura del sistema, al par que bloquea las reformas, resulta favorable al militarismo y la expansión extranjera. Los gastos militares no involucran ni redistribución del ingreso ni competencia con la empresa privada; el jingoísmo y la histeria de guerra crean una atmósfera en la cual es más fácil suprimir el disconformismo.

De aquí concluimos que todos los caminos llevan a la postre a la economía de preparación para la guerra como respuesta del capitalismo a su propia contradicción fundamental.

La economía de la preparación para la guerra evidentemente da resultados... hasta cierto punto. La economía norteamericana se ha mantenido en auge con singular persistencia desde el fin de la segunda guerra mundial (como había sucedido también duran-

te los años de la contienda). La clase capitalista ya está perfectamente consustanciada con esa situación y no tiene la menor intención de retroceder a los viejos días de la economía de la paz... y de la depresión (*).

Pero en este punto surgen algunos otros problemas: ¿Cuál es la naturaleza de la economía de preparación para la guerra? ¿Está sujeta a crisis esa economía? En caso afirmativo, ¿serán crisis del mismo tipo de las que afectan a una economía capitalista "normal"? ¿Cuál es la perspectiva a largo plazo de la economía belicista?

No pretendo tener respuestas completas para estos interrogantes, y las ideas que siguen están sujetas a revisión a la luz del ulterior estudio en la teoría y en los hechos. Estudio que, resulta ocioso advertirlo, está haciendo mucha falta.

El elemento que la economía belicista posee y que la economía capitalista "normal" no tiene es la dilapidación masiva bajo la forma de gastos gubernamentales en armamentos y personal militar improductivo. Desde el punto de vista del funcionamiento de la economía capitalista esta dilapidación tiene, en primer lugar, el mismo efecto que una cantidad idéntica de consumo. En consecuencia, junto con las fuerzas usuales que afectan la magnitud de la acumulación y el consumo, deben tomarse en consideración los factores que determinan la magnitud del derroche militar para apreciar la naturaleza y las tendencias de la economía belicista. ¿Cuáles son estos factores?

Si el derroche militar fuera pura y simplemente un engranaje de compensación utilizado por los capitalistas para impedir que el sistema degenerara en un estado de depresión crónica, podríamos suponer que su magnitud estaría permanentemente regulada para mantener precisamente el estado de desocupación que más favorece a los intereses capitalistas. Pero, desde luego, esta es una concepción completamente irreal. En rigor, la magnitud del derroche militar, y por ende el curso de la economía belicista,

(*) Dicho sea de paso, esto es lo que quise significar cuando dije que "el capitalismo norteamericano ha encontrado por fin su panacea en la creación de una economía permanente de preparación para la guerra" (MR edición norteamericana, noviembre de 1950, p. 340). Cuando el señor Bettelman dice que esto equivale a afirmar "que el capitalismo norteamericano ha encontrado el secreto de la vida eterna", habla exclusivamente por cuenta suya. Creí que el uso de la palabra "panacea" destacaría suficientemente el sentido irónico de mis palabras, pero al parecer me equivoqué.

dependen no sólo del estado de la economía interna sino también de toda una serie de factores internos (políticos) y externos (económicos y políticos) sobre muchos de los cuales los capitalistas tienen escaso o ningún control. Se deduce que es sumamente difícil generalizar acerca de lo que ocurrirá en la práctica: cada situación es hasta cierto punto única y debe ser examinada en sus propios términos.

Sin embargo, pueden indicarse con mayor o menor seguridad algunas alternativas posibles.

Primera: la economía belicista podría muy bien ser simplemente el preludio de la guerra total y —como agrega sensatamente el señor Bittelman— del desastre nacional.

Segunda: puede que los capitalistas no sean capaces de mantener un ritmo suficiente de derroche militar —debido, por ejemplo, a una resistencia efectiva de la clase trabajadora contra la política belicista—. En este caso, la economía de preparación para la guerra sucumbirá en una depresión del tipo “normal”.

Tercera: es posible que los capitalistas vinculen sus preparativos bélicos a un plan imposible de dominación mundial. En este caso, la dilapidación militar aumentará en forma más o menos constante y repercutirá cada vez más sobre la economía civil, obligando a una reducción en el nivel de vida de las masas y aun eventualmente a una contracción de la propia acumulación de los capitalistas. Esta es la situación a la que estamos enfrentados ahora en los Estados Unidos, y por lo tanto la cuestión fundamental es la siguiente: ¿Cuáles son las perspectivas de una economía cada vez más dominada por los preparativos de guerra, y cada vez más dedicada a ellos?

Obviamente, esta tercera alternativa puede transformarse rápidamente en alguna de las dos primeras: la guerra misma o la depresión tipo “normal” como resultado de una resistencia política eficaz contra el programa belicista.

Pero supóngase que ninguna de estas cosas se produce con rapidez. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Sucederá una hecatombe económica peculiar, propia de una economía de preparación para la guerra?

Es posible. Un país capitalista puede llegar a la desmoralización por efecto de la presión inflacionaria continua. Es dable esperar que los controles se rompan, que el mercado negro y la corrupción se conviertan en ley, que los precios se escapen de las manos, destruyendo el funcionamiento normal de los contratos y deudas. El conjunto de la economía capitalista puede, por decirlo así, desgarrarse por las costuras. Esto es más o menos lo que ocu-

rrió en muchos países durante la última guerra, particularmente en aquellos que fueron total o parcialmente ocupados por los alemanes o por los japoneses. Una situación tal ejerce naturalmente una poderosa presión sobre las masas y tarde o temprano origina una réplica política revolucionaria.

Pero sería poco realista suponer que los Estados Unidos se encuentren en alguna medida cercanos a una situación de esta clase en la actualidad. Existen, a buen seguro, signos crecientes de desmoralización —el cinismo y la corrupción nunca han estado tan a la orden del día como hoy en este país. Pero debemos estar seguros de que la clase dirigente norteamericana es todavía, y seguirá siéndolo por cierto tiempo, capaz de establecer y mantener la clase de controles que es necesaria para impedir que la economía belicista se desgarre por las costuras.

Nadie sabe cuánto se prolongará este estado de cosas. Pero sí sabemos que es una situación completamente inestable, y que *indudablemente no podrá mantenerse en forma indefinida*. Tarde o temprano debe dar lugar a la guerra, o a la depresión “normal” debida a la resistencia política efectiva contra el programa bélico, o bien a un desastre inflacionario de la propia economía de preparación para la guerra.

Una palabra más a este respecto. Las posibles alternativas que hemos mencionado no se excluyen realmente entre sí en la medida de lo que parecería a primera vista. Una hecatombe inflacionaria no se produce de la noche a la mañana, sino que se desarrolla más o menos gradualmente. A medida que avanza, puede impulsar a los capitalistas a recurrir a expedientes desesperados y aumentar así el peligro de la guerra. También puede que contribuya a despertar a las masas frente a la situación real, y de ese modo aumentar la eficacia de la resistencia política. En consecuencia, y por paradójico que parezca, podemos concluir que la economía belicista apunta *simultáneamente* a todas las crisis posibles: la guerra, la depresión “normal” y el desastre inflacionario. Cual será el verdadero desenlace es cosa que nadie sabe ni puede saber. De la misma manera, nadie sabe ni puede saber del señor Bittelman. Según él, ésta es la “perspectiva”:

La economía belicista que se desarrolla en la actualidad en los Estados Unidos nos llevará a una nueva guerra y al desastre nacional si el pueblo norteamericano, encabezado por la clase trabajadora, no logra detener a Wall Street en su avance hacia la guerra. Por otra parte, si se permite que Wall Street continúe desarrollando una economía belicista... sin que se produzca realmente la guerra, el país enfrenta-

rá una crisis económica devastadora. Se verá un desastre económico de proporciones catastróficas, que traerá la bancarrota y la ruina (PA, mayo de 1951, p. 46).

El inconveniente de esto, tal como lo veo, no es que sea necesariamente equivocado. Puede interpretarse de tal manera que resulte completamente inobjetable. Pero también puede tomarse como inuicio de que si continúan los enormes gastos en aprestos bélicos nos acercaremos pronto a algo así como la repetición de la crisis del 1929-33. Esto sí, estoy convencido, es de todo punto de vista equivocado; es precisamente ése el error que cometían comúnmente los escritores de izquierda con respecto a la economía belicista nazi en los años treinta. Si Hitler continuaba con su programa armamentista Alemania llegaría pronto a la bancarrota, etc. En realidad, lo que hubiera producido la quiebra en Alemania no era la continuación sino la cesación del programa de guerra. Y lo mismo se aplica hoy a los Estados Unidos. Incuestionablemente, *tarde o temprano* toda economía dedicada a la preparación bélica desembocará en el fracaso. Pero el proceso es mucho más complicado de lo que el señor Bittelman nos hace creer. Y en este campo creo que un análisis económico equívoco puede llevar a los más graves errores políticos.

Ahora me referiré brevemente a otros dos aspectos.

El señor Bittelman objeta que yo califique al período transcurrido desde la segunda guerra mundial como una nueva etapa del imperialismo, y convengo en que la definición no es del todo apropiada. Lo que tenemos ante nosotros no es tanto una nueva etapa del capitalismo o del imperialismo, sino más bien una nueva etapa de la política mundial. Lo que es específicamente novedoso es el cambio en la relación entre el imperialismo en su conjunto y el sistema socialista internacional en desarrollo. Esta variante de la relación entre los dos grandes sistemas mundiales tiene profundos efectos sobre las relaciones internacionales del sistema capitalista, y es éste el hecho hacia el cual dirigía yo mi atención. El conflicto interimperialista aún existe, desde luego, pero ahora es un factor que tiende hacia la paz (porque debilita la capacidad del campo capitalista para hacer la guerra) mientras que anteriormente era la principal fuerza belicista.

No sé si el señor Bittelman estaría de acuerdo con esto o no. En cualquier caso, no se justifica en modo alguno que él diga que mi "cuarta etapa" del capitalismo y mi "nueva etapa" del imperialismo realmente "constituyen un intento de revivir la vieja y desacreditada proposición kautskiana —revisionista, oportunista,

antimarxista— según la cual existe una fase super-imperialista del capitalismo, que elimina todas las contradicciones interimperialistas y organiza la economía y la política del capitalismo mundial". Todo esto es un puro producto de la imaginación del señor Bittelman.

La crítica final del señor Bittelman está dirigida a mi análisis de los objetivos y la estrategia general de la clase dirigente norteamericana en la actual situación mundial. Otras personas han objetado también este análisis; y los editores de *Cahiers Internationaux*, al publicar una traducción del artículo en que aparecía (MR edición norteamericana, noviembre de 1950, pp. 336-344), agregan una larga nota referida a mis argumentos principales. Todas estas críticas, junto con los últimos acontecimientos de la política norteamericana, me han llevado a reconsiderar los problemas en cuestión. En vez de responder a los puntos especificados por el señor Bittelman, me parece más provechoso intentar una breve reformulación de mi tesis.

En primer término, permítaseme citar el sumario de mi argumentación central, tal como apareció en el artículo de noviembre de 1950:

La clase dirigente norteamericana está ahora totalmente comprometida con la economía de preparación para la guerra como único método posible de mantener al capitalismo mundial. El método opera así: en primer lugar, contrarresta la mortal tendencia a la depresión crónica en el centro (por ejemplo, en los EE. UU.); en segundo término, provee una enorme fuerza de policía para vigilar la periferia (como, por ejemplo, en Corea e Indochina). La vigilancia de la periferia, desde luego, involucra la disposición instantánea para librar la guerra contrarrevolucionaria contra cualquier pueblo que muestre alguna inclinación a apartarse de la órbita capitalista. Pero esta no es la única clase de amenaza bélica que se genera. A medida que la maquinaria militar crece, engendra y nutre la doctrina de la guerra preventiva, doctrina que tiene consecuencias fatales para la paz y el capitalismo mundial (MR edición norteamericana, noviembre de 1950, pp. 343-344).

No veo que nada de esto pueda ser necesariamente erróneo. No puede haber duda de que son los gastos militares y no otra cosa los que están frenando una depresión en este país. Del mismo modo, resulta claro que los Estados Unidos están dispuestos a utilizar cualquier medio, incluso la guerra, para impedir a los países que se aparten del campo capitalista. Por último, las audiencias de MacArthur revelaron claramente hasta qué punto la idea de la guerra preventiva ha penetrado en el pensamiento

militar norteamericano: en relación con esto, nunca, será ocioso repetir y repetir que la diferencia entre los macarthurtistas y los generales del gobierno es de matices y no de principios.

Pero esto no es todo, y al sugerir que sí lo es, mi artículo ha resultado ser erróneo y equívoco. La doctrina de la guerra preventiva no nace exclusivamente de los militares, como lo dice el artículo. Al contrario, está hondamente arraigada en el conjunto de la clase dirigente. Así lo prueba claramente un análisis sensato de la política de la administración Truman, tal como fue presentada en los famosos "siete puntos" de Acheson. (Estos siete puntos fueron resumidos por MR, edición norteamericana, en marzo de 1951, p. 481, y en octubre de 1951, p. 166). Cada uno de los siete puntos propicia concesiones de largo alcance por parte de la Unión Soviética, y considerados en conjunto significan una demanda de que la URSS conceda incondicionalmente a los Estados Unidos la dominación del mundo. La consecuencia lógica de una política basada en los siete puntos es que los Estados Unidos deben armarse hasta los dientes y, luego de acumular la necesaria fuerza militar, precipitar un enfrentamiento abierto con la Unión Soviética. Esto, por su parte, conducirá a la rendición de los soviéticos o a la guerra. Tal es, en todo salvo en el nombre, la política de la guerra preventiva. La única diferencia es que los belicistas preventivos están por lo general en favor de seguir adelante a despecho de las consecuencias, mientras que grandes sectores de la clase dirigente, representados por Truman y Acheson, tienen una apreciación más realista de lo que significaría una guerra contra la Unión Soviética en las actuales condiciones.

Cabe advertir una cosa: no podemos deducir de este análisis que la guerra mundial sea inevitable. Ciertamente, la estrategia del capitalismo norteamericano es conspicuamente agresiva y apunta a la dominación mundial. Pero la arrolladora preponderancia militar que se requeriría para llevar a cabo con éxito esta estrategia y lograr el objetivo es, a todas luces, inalcanzable. Existen varias razones para ello. Primera, que la fuerza militar *defensiva* del mundo socialista es enorme, y puede perfectamente aumentar a ritmo igual o aun mayor que la fuerza ofensiva de los Estados Unidos. Segunda, que los Estados Unidos dependen fundamentalmente de sus aliados en materia de bases y mano de obra, y los lazos que aglutinan la alianza capitalista se debilitan en lugar de fortalecerse con el transcurso del tiempo. Tercera, que el vigoroso y creciente reclamo de los pueblos del mundo por la paz torna cada vez más riesgosa una política de agresión. En resumen, la fuerza del mundo socialista más las contradicciones del mundo

capitalista más el poder creciente del movimiento por la paz pueden obligar a la clase dirigente norteamericana a moderar sus ambiciones de dominio mundial. Esta es la verdadera esperanza de la paz.

Es de cierto interés preguntar por qué cometí el error de atribuir propósitos defensivos a la clase dirigente norteamericana y por lo tanto adjudicar la fuente de las doctrinas agresivas, incluso especialmente la guerra preventiva, a la maquinaria militar. La respuesta, se me ocurre, es relativamente sencilla.

Si observamos la presente escena mundial con perspectiva histórica, resulta claro que el capitalismo está en retracción y a la defensiva. Esto se aplica evidentemente al capitalismo norteamericano que ahora soporta toda la carga de apoyar y mantener al capitalismo mundial. Pero uno no puede deducir de esto que la estrategia política y militar del capitalismo estadounidense debe necesariamente ser defensiva. La rata acorralada se torna salvaje y agresiva. Lo mismo ocurre con el capitalismo.

Desde luego, una política de agresión está condenada al fracaso. Pero puede ocasionar un desastre para el mundo. Debe demostrarse a los dirigentes norteamericanos, por anticipado y en forma concluyente, que no pueden triunfar, y que ellos mismos serán las víctimas propiciatorias de la catástrofe que amenazan desatar. Esta es la tarea del movimiento pacifista en todo el mundo, y en ella descansa la esperanza de la paz.

INDICE AÑO 2

EDITORIALES

	Nº	Pág.
EL GOLDWATERISMO	14	5
EL AVANCE SOCIALISTA; CINCO HECHOS POSITIVOS	16	3
LA INVERSION IMPERIALISTA	19	3
NOTA PRELIMINAR	20	3
VIETNAM: EL CAMINO AL DESASTRE	21	3
EL PAPEL DE LA IZQUIERDA NORTEAMERICANA	24	3

AUTOR

TITULO

ARAGON, Leopoldo	USA o los mesías modernos	19	42
BARAN, Paul A.	La planificación económica	20	7
BARAN, Paul A.	¿Una alternativa al marxismo?	20	17
BETTELHEIM, Charles	La planificación y el mercado	21	43
BETTELHEIM, Charles	La naturaleza del socialismo chino	24	9
BUCHANAN, Keith	Camboya: entre Pekín y París	19	45
BUCHANAN, Keith	Perspectivas de Vietnam del Sur	24	20
CROWLEY, G. y L.	Más allá de la automatización	16	36
DEUTSCHER, Isaac	Palabras sobre Paul A. Baran	20	60
FRANK, Andrés G.	Sobre los mecanismos imperialistas: el caso del Brasil	14	21
FRANK, Andrés G.	Los "servicios" prestados	24	39
GARDNER, Jigs	El asesinato de Malcolm X	21	37
GILLY, Adolfo	Cuba entre la coexistencia y la revolución	15	3
GILLY, Adolfo	Las elecciones chilenas	16	53
GILLY, Adolfo	El movimiento guerrillero en Guatemala	22-23	1
GUEVARA, Ernesto Ché	Palabras sobre Paul A. Baran	20	57
HOROWITZ, David	Técnica y sociedad	24	43
HUBERMAN, Leo	El manifiesto comunista: 116 años después	14	41
HUBERMAN, Leo	Los socialistas y las elecciones - un intercambio de cartas	15	53
HUBERMAN, Leo	Preguntas sobre el socialismo	16	18
HUBERMAN, Leo	La triple revolución	16	30
HUBERMAN, Leo	El boom Kennedy-Johnson	19	31
HUBERMAN, Leo	Palabras sobre Paul A. Baran	20	57
KOSAMBI, D. D.	Las comunas chinas	14	35
MAGDOFF, Harry	La hazaña de Paul A. Baran	21	19

MCADOO, William	Carta desde la prisión	24	25
MILIBAND, Ralph	Carlos Marx	19	25
MOORE, Stanley	Tres tácticas: su origen en Marx	13	3
MORROCK, Richard	"Reforma agraria" en Vietnam del Sur	24	15
PHARE, Samuel S.	Un aniversario y una revolución	14	17
RENO, Philip	El drama de la Guayana Británica	17-18	1
ROBINSON, Joan	El "milagro" coreano	19	15
SALAZAR BONDY, S.	Perú: su organización campesina	24	31
SWEEZY, Paul M.	El manifiesto comunista: 116 años después ..	14	41
SWEEZY, Paul M.	La planificación económica	15	41
SWEEZY, Paul M.	La triple revolución	16	30
SWEEZY, Paul M.	El boom Kennedy-Johnson	19	31
SWEEZY, Paul M.	Paul Alexander Baran: un testimonio personal ..	20	25
SWEEZY, Paul M.	Ciertos aspectos del capitalismo norteamericano	24	53
TOGLIATTI, Palmiro	Palabras sobre Paul A. Barán	20	59
VALLIERES, Pierre	Quebec: el nacionalismo y la clase trabajadora	21	51



LIBROS PARA TODOS

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES
SUC. PARA CHILE, HUERFANOS 1980 - FONO 62804 - SANTIAGO

LIBROS RECIEN RECIBIDOS:

LAS ACTITUDES POLITICAS - J. Meynaud y A. Lancelot

Este trabajo se ocupa de un campo poco tratado en la bibliografía de las ciencias políticas en lengua española. A partir de una definición de ACTITUD —en sentido general y aplicada a lo político— se analiza la personalidad política, los temperamentos políticos y el papel de las ideologías.

**HISTORIA ECONOMICA DE LA POBLACION MUNDIAL -
Carlo M. Cipolla**

Este libro presenta un enfoque global de la evolución económica y demográfica de la humanidad. Deliberadamente, el autor utiliza este punto de vista para, desde él, elucidar la trayectoria histórica de las grandes tendencias seguidas por la población y la riqueza que han afectado a la humanidad en su conjunto.

**LAS FINANZAS DEL SIGLO XX y otros ensayos - Guillermo
Ahumada**

Los cuatro ensayos que integran este libro son parte de un ciclo de conferencias realizado en París con el auspicio del Colegio de Francia, de la Facultad de Derecho y de los Institutos de Altos Estudios Económicos, de Desarrollo Económico y de Ciencias y Economía Aplicada, de dicho país.

LECTOR....

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores. Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

UD. ES NUESTRO SUSCRIPTOR, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.
Hacer una contribución económica.
Renovar oportunamente su suscripción.

SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del número vigésimoquinto.
Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

RECUERDE

Que los suscriptores de MONTHLY REVIEW —Selecciones en Castellano— gozan de un 10% de descuento sobre todo el material que editemos o distribuyamos.

EL PRECIO ES DE:

UN AÑO (12 números)	E ^o 10.—
SEIS MESES (6 números)	5.—

DIRIJASE A:

EDITORIAL PRENSA LATINOAMERICANA S. A.

Root 537 - Santiago